



**Don Carlos
María Sorín**

La pérdida de este ilustre ciudadano priva a la República de una de las figuras primerísimas entre los que colaboraron, con su talento y probidad, en la gestión del Batllismo. Llevado a los puestos más respetables del gobierno, de la administración, y

de la enseñanza, demostró en toda ocasión su robusta inteligencia, versación y laboriosidad en la fecunda tarea de formar el Estado de Derecho en que vivimos.

(Fotografía Juan Caruso)



Corral de Piedra del Palmar de Castillos incluido por la Comisión Nacional de Monumentos Históricos entre los correspondientes a la Sección Arquitectura Rural.

SOBRE la llanura apenas ondulada, palmeras y palmeras hacia los cuatro puntos cardinales. Espaciadas caprichosamente o muy juntas, respondiendo sin duda a lejanos designios seculares, ocupan algunas leguas cuadradas del pintoresco territorio lindero de Castillos, al Norte y Nordeste. Y todavía, en formación cerrada, llegan hasta las adyacencias de las blancas arenas de la costa occidental de la Laguna Negra.

El cerro de La Lechiguana, audaz cono de piedra que flanquea el Palmar y es como la avanzada vigilante de la sierra que se aleja marginando la laguna por el Norte hacia San Miguel, justifica el nombre de la llamada Estancia del Cerro, poblada como ninguna, por lo más denso y cerrado del Palmar. Una de las hermosas tomas fotográficas que hoy publicamos — que nos cediera al efecto gentilmente don Horacio Arredondo — reproduce la armoniosa y graciosa actitud de un agrupamiento de palmeras que se levanta inmediato a la arenosa costa que tiene la citada estancia. Bajo el encanto del sol — hacia el mediodía o en los encendidos atardeceres de Laguna Negra — la gracia y majestuoso porte de estos grupos de

palmeras centenarias, crea con el fondo acerado de las aguas tranquilas, paisajes de penetrante y singular belleza, capaces de evocar exóticos aspectos de la flora tropical o de los remotos atoles madreporicos del Pacífico.

Señalemos no obstante que esta magnificencia de gracia airosa y esbeltez, es solamente privativa de la palmera como unidad, o de los pequeños agrupamientos que logramos destacar del conjunto, pues el palmar en sí, considerado desde su seno, nos abruma por su monotonía gris verdosa y por la falta de horizontes por donde poder evadirnos del presente inmediato. En efecto, bastan algunos centenares de metros en el seno del palmar para que todo se desdibuje a nuestra vista — viviendas y animales — y se pierda el confín preciso de las cosas.

Asombra asimismo el pensar en la inmutabilidad de un paisaje que desde siglos quizás antes de la conquista, permanece inalterable.

En nuestro tiempo, solamente los carreteros y nuevos caminos que se han trazado, las viviendas que acaso se levanten, y las sendas o trillos que los requerimientos del vivir moderno van imponiendo, modifican apenas en mi-

nima parte, la fisonomía secular de los palmares.

Únicamente la previsión o el amor a nuestra flora y el sentir de contados propietarios, ha contribuido en proporción modestísima a la plantación de nuevos ejemplares, pues en campo abierto, desde los tiempos en que nuestro territorio se transformó en un extenso potrero, el ganado ha venido impidiendo el crecimiento de nuevas plantas, a pesar de la abundante siembra natural de las semillas. Sin embargo hubiera bastado alambrear y cerrar parcelas de terreno poco aptas para pastoreo.

Queremos recordar aquí a don Paciano Méndez, rico y progresista propietario que fue de un valioso establecimiento próximo a "El Oratorio", quien formó en la huerfana inmediata a la estancia una quinta de hermosas palmeras de butiás, de frutos grandes y sabrosos, seleccionando cuidadosamente la procedencia de las semillas.

Ni el Palmar Grande frente a Guichón, en el departamento de Río Negro; ni el de Porrúa; ni los de San Luis, La Coronilla y El Ceibo, tienen la extensión y la densidad del Palmar de Castillos.

*

En tiempos de la colonia, el llamado camino de la costa que conducía hasta El Chuy, cruzaba el Palmar de Castillos, abandonándolo luego en el lugar hoy conocido por Vuelta del Palmar, para continuar entre el estero de Laguna Negra y esta Laguna por un lado y el océano por

EL PALMAR DE CASTILLOS Y UN CORRAL DE PALMAS, RELIQUIIA NACIONAL

el otro. Este camino se llamó de la Encrucijada y posteriormente de La Angostura, y por él transitaban los gloriosos conquistadores de Santa Teresa y Río Grande que condujo Cevallos en sus dos campañas.

Este camino que comunicaba Castillos Grandes — zona inmediata al Polonio — con Castillos Chicos — hoy La Coronilla — constituía asimismo la salida natural de las reservas de ganado, especialmente yeguarizo, que tuvieron en el Palmar, primero los portugueses y luego los españoles, realizada la conquista de Santa Teresa.

Destacamentos militares de una y otra nación custodiaban la salida del Palmar. Por haber tenido asiento la guardia española en él, se conoce aún por *Guardia del Monte* un paraje inmediato al arroyo de Castillos sobre la laguna del mismo nombre.

*

En 1820, un distinguido viajero francés, don Augusto Saint Hilaire, miembro de la Academia de Ciencias del Instituto de París, visitó nuestro país ocupado entonces por Portugal, penetrando desde Río Grande por San Miguel y Chuy, recogiendo interesantes pormenores de lugares y costumbres de la época, que fue anotando en un diario bastante minucioso de su viaje.

Aclara H. Arredondo en la publicación que hace del Diario de referencias, en el tomo IV de *Anales Históricos de Montevideo*, en las acotaciones que el mismo le sugiere, que nuestro ilustre viajero recorrió la zona del Palmar, por el terreno alto y pintoresco donde medio siglo después se fundara Castillos — 1866 — y es por tal circunstancia que Saint Hilaire consigna el 10 de octubre:

"Hoy el aspecto de la región cambia y es interesante. Ya no es una llanura desnuda e igual, el terreno es ondulado y está salpicado de *butiás*, a grandes distancias unas de otras forman grupos. Estos árboles son más grandes y más altos que los *guaruparus* porque llegan a tener alrededor de quince pies, pero no ofrecen los mismos caracteres."

Como le tocara hospedarse en casa de una familia lugareña de Castillos, no carecen de interés otras noticias que apunta el viajero sobre costumbres y habitación del hombre de la campaña de aquella época y región; asimismo, otras que consigna a propósito de las que él llama "bagoaladas"; refiriéndose a tropas grandes o chicas de caballos



Detalle del mismo donde es posible apreciar cómo el muro de piedra se apoya en las palmeras dispuestas a continuación unas de otras.



Tropa de ganado en el abrevadero inmediato al pozo de balde.

salvajes abundantes en aquellos campos, semi desiertos. Pero, solamente nos detendremos en señalar las descripciones y noticias que anota en su diario de los corrales coloniales, por convenir así a nuestro propósito; corrales que se formaron en lugares aparentes del campo, para ser recogidas de los ganados chúcaros.

Dice Saint Hilaire al respecto: "Cuando se quiere hacer a los caballos salvajes se forma con estacas un mercado *marguen marche* alargado, de forma parabólica, abierto en la extremidad más ancha y cerrado en la opuesta. Hombres a caballo corren tras de los potros, los persiguen y los fuerzan a entrar al corral donde se encuentran prisionados como en una red. Hoy vi tres *curraes* muy grandes formados de butiás plantados en círculo muy cerca uno del otro; su follaje se confunde y produce un efecto muy agradable. Estos árboles son trasplantados siendo grandes y prenden muy bien. En este país se usa el peciolo de las hojas viejas de los butiás para hacer fuego".

Hoy también, cuando se ha querido ornamentar un parque o una plaza con palmeras adultas, o poner una nota exótica junto al mar en alguna de nuestras playas, se ha recurrido a hermosos ejemplares de estas centenarias palmeras, los que cuidadosamente trasplantados — mediante penosos esfuerzos debido al volumen y peso excesivos de su pie de raíces y tierra —, enraizan generosamente en su nuevo asiento conquistando con ello un tiempo del que no dispondría toda una generación. El campesino, habitante de los palmares donde no existe montón de leña, acopia en otoño grandes cantidades de ramas secas, de hojas de palma, que arranca mediante una larga vara provista en uno de sus extremos de un gancho de hierro, y con ella hace frente a las necesidades de su hogar.

Refiriéndose a las expresiones aportuguesadas de Saint Hilaire — *marguen marche* y *curraes* —, dice H. Arredondo en una de sus acotaciones: "Corral. Los primitivos fueron redondos o cuadrados, de tepes — terrones enraizados — palo a pique o de piedra... Había un corral de palmas hasta no hace mucho en el pueblo de Castillos, que se decía perteneció al primer poblador. En la región de los palmares de Castillos hay dos, inmensos, que no resisto al deseo de hacerlos conocer. Son largamente centenarios y pertenecieron a dos Correos, descendientes del famoso latifundista conocido por "El Comendador". El hoy en la propiedad de Mayol, es de piedra y junto a la pirca circular, tiene una junto a otra, centenarias palmeras. Capiaban 20 a 30.000 reses... Ambas al oeste de la Laguna Negra. No he visto otras ni siquiera parecidas, en extensión, en el país..."

Y bien: en el año 1951, integrando la Comisión Nacional de Monumentos Históricos creada el año anterior, los señores Horacio Arredondo y Juan E. Pivel Devoto, en carácter de Presidente y Secretario respectivamente, al

formularse de acuerdo con la Ley, una relación de los monumentos históricos nacionales, se incluyó entre los correspondientes al grupo de *Arquitectura del medio rural* el corral de la referencia, expresándose al respecto:

"CORRAL DE PIEDRA de Rocha. Elemento característico de la antigua explotación ganadera, ubicado en el Palmar de Castillos, entre las estancias de "El Cerro" y "La Blanqueada", 4ª sección judicial."

Construidos únicamente en piedra, aunque no de las dimensiones de éste, existieron algunos en diferentes lugares de nuestro territorio. Tuvo fama uno ubicado en las cercanías de la Guardia de Melo, el que con frecuencia

es citado en documentos coloniales de fines del siglo XVIII, datados en aquellas regiones fronterizas.

Se distingue especialmente el del Palmar de Castillos, no sólo por sus extraordinarias proporciones, sino por el hecho de haberse levantado con palmeras — quizás algunas trasplantadas según las noticias de Saint Hilaire — y con piedra recogida en la falda de los cerros y la sierra, vecinos.

Atilio CASSINELLI

Marindia, agosto de 1964.

(Especial para EL DIA)



Gracioso agrupamiento de palmeras sobre la costa de Laguna Negra, en la Estancia de "El Cerro".



Rómulo Gallegos.

LA MUJER EN LA NOVELISTICA DE ROMULO GALLEGOS

pueblo que quiere quebrar antiguos yugos son los materiales que se le ofrecen al constructor. La mujer que fija en sus páginas, está retratada en ese instante en que los ideales nuevos afloran en el espíritu que busca conciencia de su nacionalidad. Como Venezuela la mujer es la tierra, el limo fecundo, la gran madre procreadora de estirpes que la redimirán de sus oscuras humillaciones. La mujer sabe que está vencida de antemano. Pero Gallegos pone su anhelo en que la mujer sacuda su mansedumbre: en que Venezuela asuma su propio destino.

Pongamos aparte a Doña Bárbara, que era "criatura y personificación de los tiempos que corrían", voluntad cruel y autoridad impetuosa, rencores y odios insepultos.

Pongámosla aparte, aunque al fin capitulará también ante la hombría desdeñosa de Santos Luzardo. Pero acudamos a las otras, a la joven Graciela o a la seductora Rosario Mendevalle de "Reinaldo Solar", marcada por los prejuicios, a la desvaída Carmen Rosa que pierde el amor que sólo fue sueños y con desilusionada abulia dice a la madre: "Por mí no te mortifiques. Lo mismo me da una cosa que otra. ¡A mí qué me importa que se pierda todo!". O, en otro momento, cediendo a una expansión insólita: "Déjame, mamá! Déjame llorar... ¡Hoy he amanecido con una tristeza!... Con unas ganas de gritar, gritar...": por la grieta del alma que flaquea, escapan años de sometimiento, de decepciones y fracasos. La misión de la mujer es ser receptiva, contemplativa, y a ello ha de atenerse. Reinaldo Solar ni siquiera la facultad de comprender le asigna, cuando hablando a Graciela de sus ideales, de su religión del Bien, la Verdad y la Belleza, concluye con esta frase de despectivo arrebatado: "Imbécil! Me había olvidado que eres mujer!" En eso consiste la muralla que escinde dos mundos: aquel donde el hombre lucha, brega, conquista, mata, sufre y muere, y el otro donde la mujer aguarda, trabaja, padece, y sufre y muere también. "Reinaldo Solar" es la novela de un hombre que dilapidó su existencia en ideales sucesivos, con sitio para la pasión pero no para el amor, viviendo según una peculiar teoría que asimilaba la vida a la movilidad del agua.

Sin embargo, esa movilidad no es la que se asigna al destino de las mujeres. Y ese criterio llevará por último a Reinaldo a preguntarse, al fin del camino, como Peer Gynt cuando regresa, por todo lo que no hizo.

En "La trepadora" pone Gallegos más énfasis en el personaje femenino. Si plantea y resuelve con acostumbrado vigor la silueta de Hilario Guanipa, la de Adelaida se insinúa con suave discreción hasta imponerse con señorío y dignidad al marido autoritario. Salida del estupor de una humillante noche de bodas, Adelaida adopta "una conformidad absoluta, una aceptación tácita e incondicional de todo lo que pudiese ser la realidad de aquella vida a la cual la ataba el deber".

Su fragilidad, su dulzura, su resignación, caen en pedruzcos cuando presiente peligro para su hija, y por primera vez es ella quien resuelve, dando al hombre fuerte el freno inesperado en una sola palabra en la que se manifiesta su voluntad: "He decidido quedarme". Breve y seca la frase que señala el comienzo de otro modo de vivir.

La hija, en cambio, proclama desde un principio su libre albedrío, con las mismas palabras dichas antes por Hilario: "Yo siempre logro lo que me propongo". Pero el desplante afirmativo se debe a que fue educada a lo varón por su padre, hechura suya, capaz de enfrentarlo y de vencerlo, porque "él lo que necesita es, precisamente, que los demás le hagan sentir que también tienen carácter".

En la galería de heroínas la Rosángela de "Cantacaro", que no aparece hasta el capítulo noveno, reúne esas virtudes dóciles de hembra hacendosa, hogareña, de carácter templado y conformidad cristiana, que se esfuman en la tristeza sufridora de la Maigualida de "Canaima", y la hermana con la Ana Julia de "Pobre Negro", embaída en subconscientes terrores de infancia y anulada por indecisos misticismos, cuya sola misión involuntaria fue poner en el mundo al hijo espúreo. En esta novela, seduce la presencia de Luisana, que tiene conciencia del papel secundario que le reserva el destino, cuando suspira el vano anhelo de "vestirse de hombre y echar a andar por el mundo". Ser mujer es una traba, una rémora, un grillete; es repetir "la infinita vulgaridad de una mujer entre las mujeres, lavando mantillas, acunando lloriqueos...". Quiere emanciparse en "un inmenso y hermoso sacrificio", acompañando hasta el fin el aislamiento del hermano leproso, hasta que, muerto éste, logra la recompensa en Pedro Miguel, que la hace "capitana de su amor".

Dos tipos femeninos que se destacan netamente de las demás protagonistas de Gallegos, son la Cantalaria y la Remota de "Sobre la misma tierra". Nada más opuesto que madre e hija, aquélla, "la pelirroja, blanca, pero de

facciones guajiras, fea simpática, apetitosa la pintona madurez otoñal, fiestera, reilona y gritona, pero todo sin mengua de la honestidad y del señorío". La viuda daba alegría en torno suyo, y tuvo de un aventurero una hija, Remota, que más tarde, adoptada con el nombre de Ludmila, se educó en los Estados Unidos, pero volvió a su patria decidida a reparar, con el dinero de la herencia de su padre el daño que éste hiciera a la gente guajira, borrando con su generosidad "la antigua llaga de esclavitud y humillación". Todo un carácter, se vuelve alegoría al concluir la novela mostrándonosla erguida en la proa de la piragua, como esos antiguos mascarones que iban en los navíos conjurando a la adversidad durante las travesías.

Pero de todas las femeninas criaturas, aún más que la Aracelis de "Canaima", avasallante de frescura y de alegría, es, para nosotros, más representativa de sus excelencias creadoras, de su pujanza lírica, por delicada y apta para la emoción y el ensueño, la Marisela de "Doña Bárbara". En ella se cumple la transformación purificadora de la educación y la bondad, la superación espiritual, el influjo benéfico y civilizador de la dignidad que eleva al individuo sacándolo de la abyección animal y la ignorancia, hacia la clara zona iluminadora de los sentimientos nobles que embellecen el alma humana.

Más que la mujer, es la tierra venezolana que despierta, cuando Marisela abre ojos azorados a una realidad trascendente, sacudida por la magia de la primera palabra de piedad y ternura que llega a su corazón agreste. Cuando Santos Luzardo la inicia en el goce simple y natural del agua, el mero hecho físico de lavarse la cara le toca hondas fibras de la sensibilidad: "Las manos le lavaron el rostro y las palabras le despertaron el alma dormida". Con profundidad poética nos relata Gallegos la metamorfosis que se produce en Marisela:

"La frescura del agua en las mejillas, que ahora le están produciendo sensaciones desconocidas. ¡Sí, se siente la belleza! Estas sensaciones nuevas y tiernas no pueden tener otra causa. Así debe de sentir el árbol, en la corteza endurecida y rugosa, la ternura de los retoños que de pronto le reventaron. Así debe de estremecerse la sabana, cuando, un día, después de las quemaduras de marzo, siente que ha amanecido toda verde. Le ha dejado, también, la emoción de unas palabras nunca oídas, y se da cuenta, a la vez, de que su corazón era algo negro, hondo, mudo y vacío. Pero algo sonoro, también, como el pozo que está junto a su casa, oscuro, profundo y con un espejo de agua allá adentro".

A la fluencia lírica se une sabiamente la dosificación del análisis, la caladura psicológica bajo la rusticidad de la muchacha primitiva a la cual exhorta con palabras que se cargan de símbolos:

"—¡Arriba, Marisela! Está fresca el agua del pozo. La enfriaron las estrellas que estuvieron pasando toda la noche sobre el brocal. Todavía quedan algunas en el fondo. Anda. Sácalas con el cántaro y derrámatelas encima. Te dejarán toda limpia, como siempre están ellas".

Es la pureza esencial que Rómulo Gallegos reivindica por igual para la mujer como para la tierra venezolanas. Nunca estamos muy seguros, al leerlo, en qué medida el personaje deja de ser mero ente de ficción, para convertirse en carnadura de ideales, en hombre tan ardientemente preocupado por su patria y sus problemas sociales. En ningún momento descuida su alto magisterio, pues señalar derroteros y soluciones es uno de los móviles que su literatura encubre. Con vehemencia exalta el suelo natal, universalizado en su estatura de escritor señor, que puede exclamar como uno de sus personajes:

"—¡Allí está mi camino! ¡Mi tierra! ¡La incomparable belleza de mi tierra grita, llamándome en la luz y en el color de su paisaje, en la desolación de su pobreza, en la infinita melancolía de sus dolores bajo la infinita alegría del sol! ¡En la tristeza de sus ciudades muertas, sin pasado! En la fascinación de sus espejismos; en el silencio de sus desiertos. En el inquietante soplo trágico que flota sobre el abismo de sombras del alma sepultada de mi raza. En el grito de horror del que cayó en la emboscada; en el lamento del que se consume en la lujuria infecunda; en el delirio del que se abrasa en la llama invisible de la fiebre; en la voz perdida que canta en la llanura nostalgias de las olvidadas patrias: ¡de los que vinieron en las carabelas y en el barco negro, y de los que vieron destruidas sus tribus y reemplazados sus dioses!"

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)

LA novelística de Rómulo Gallegos apresa al lector de inmediato en la temperatura abrasadora de ese crisol donde se mezclan todos los ingredientes de una problemática humana urdida de complejidades, que se integra de ficción literaria y de realismo telúrico, de naturaleza brava y de sentimientos en pugna, de supersticiones lugareñas y de aspiraciones universalistas, de individuos sollamados de pasiones jugándose el destino a machismo en las sabanas acechadas de peligros, de seres que sobrellevan el oscuro infortunio de los desheredados abriéndose penoso camino en una patria aun semi bárbara, semi inculta, cuya gesta de coraje se empuja en las páginas de Gallegos como anuncio de una Venezuela grande y fuerte donde imperen el orden, la ley y la justicia, meta formidable a la vez del intelectual y del político que se conjugan en este escritor ilustre.

En su vasta obra, no cabe el resumen que simplifica ni el esquema que enfría. Generalizar, es reducirlo, hacer entrar en vaso pequeño, lo que sólo puede compararse al desborde de los grandes ríos que fecundan su suelo. Cada personaje tiene un relieve definido, actúa con tal verdad que brota de la novela como ser vivo, llámese Reinaldo Solar o Hilario Guanipa o Santos Luzardo. El medio, el ambiente que retrata, es un ámbito de epopeya, buen escenario para pasiones fuertes, para hombres que desdeñan el peligro y hacen de la vida y la muerte juego de azar o prueba de su temple, plena victoria de la hombría que aureola de prestigio el alma llanera; ruedo propicio para lides de coraje, donde desfilar insurgentes, cabecillas voluntariosos, políticos cazurros y marrulleros, amos despóticos y blancos sanguinarios, peones y esclavos marcados con el hierro del sojuzgamiento sin redención posible, reciedumbre y lujurias, brujerías y apariciones, bandoleros, hombres violentos que hacen justicia por su mano, aventureros con una copia en los labios...

De todo esto se desprende que el mundo de Gallegos es un mundo másculo, para hombres, para la hazaña viril, para el valor rijoso, para todo lo que es fuerte, enérgico, áspero, expresión de varonía.

Los tipos femeninos se dan a contraluz, moldeados en la tradicional concepción del sometimiento y la obediencia ancestrales que la mujer, por mujer, debe al hombre, por hombre. Las rebeldes que rompen la barrera, son algo más o algo menos que mujeres, como Doña Bárbara. En general, las otras, signadas de conformidad, acatan sumisas un sendero de abnegaciones y sacrificios, con el dolor de las vencidas y la pesadumbre nostálgica de las frustradas.

En el momento en que cuaja la obra rotunda de Gallegos, una patria que lucha por ponerse en pie y un

LA LABOR DEL MAESTRO JOSE SEGU EN MERCEDES

ASI como por intermedio de ese fino y culto caballero que es el Dr. Francisco Milans hemos entrado en contacto con la personalidad del músico español Facundo Alzola, radicado desde su juventud en la ciudad de Mercedes (ver Suplemento 9/VIII/1964) hoy, ese mismo conocimiento nos pone al descubierto hechos musicales acaecidos en nuestro país a comienzos de siglo y que, dadas sus características cobran, en estos momentos, una interesante vigencia.

Nos enteramos así que Pablo Casals, ese milagro de juventud octogenaria de hoy, que acaba de estreñar recientemente en el Colón de Buenos Aires "El retablo" llegó a Montevideo por primera vez en el año 1903. Venía al Uruguay recomendado por Félix Milans Zabaleta, radicado en Barcelona y amigo de la familia Casals, al hogar de su hermano Francisco.

Jurisconsulto de nota y diplomático de brillante carrera, el Dr. Francisco Milans, padre de nuestro informante, formaba parte en calidad de fagot de la orquesta de la Sociedad Beethoven que dirigiera en sus comienzos el maestro Manuel Pérez Badía. Allí, en casa de su anfitrión con quien tocaban a cuatro manos las sonatas de Mozart, Casals conoció durante una velada al pintor Vicente Puig y al músico Eduardo Fabini que regresaba en esos momentos de Bruselas con el Primer Premio de Violín del Conservatorio Real.

Tanto el autor de "Campo" con sus flamantes veinte años como el intérprete catalán con apenas veintisiete no imaginaron entonces lo que la Música les tenía reservado



Quinteto Segú. (De izq. a derecha): Pedro Hors (primer violín); Francisco Milans Zabaleta (violoncello); Félix Milans (contrabajo); José Segú (viola) y Miguel González Sampayo (2º violín).

y lo que el mundo iba a reverenciarlos. En cuanto a la actuación pública de Casals en Montevideo, consistió en varios conciertos que ofreció en el Teatro San Felipe secundado por el pianista Harold Bauer.

Poco después de estos hechos el Dr. Milans y su familia dejaron la capital para radicarse en la ciudad de Mercedes. Fagotista, pianista y también el violoncelista, Francisco Milans que deaba en Montevideo una vida musical en pleno nacimiento no podía olvidarla. Así, apenas instalados en la ciudad del Hum y paralelamente a reiniciar su trabajo como abogado, decide vincularse al núcleo artístico de su nueva residencia.

Conoce entonces a José Segú, violinista, pianista, compositor y profesor que había llegado a Mercedes alrededor de 1898 y que, según veremos más adelante iba a ser el eje de la vida musical de esa ciudad durante varios años. La formación y organización de la Asociación Coral de Señoritas transformada en "Coro Santa Cecilia" es uno de los primeros pasos con que Segú inicia su labor artística. Pero con la llegada de la familia Milans que aportaba con su jefe y con uno de sus hijos, dos intérpretes, nace en Segú una idea mucho más ambiciosa: la formación de un conjunto instrumental de cámara.

Corría el año 1905 y en Montevideo la música de cámara podía escucharse a través de dos conjuntos: el Cuarteto Masi que actuaba en "La Lira" y el "Segundo Cuarteto Sambucetti" formado en 1900; faltaban todavía cinco años para la fundación de la Asociación Uruguaya de Música de Cámara que iba a traer el impulso renovador dentro del género.

Si esto sucedía en la capital pensemos la gran trascendencia que significa para la historia de nuestra música culta la fundación del "Quinteto Segú" en Mercedes. Al clásico cuarteto se le había agregado el contrabajo, estando integrado el conjunto de la siguiente manera: Primer violín: PEDRO HORS, Segundo violín: MIGUEL GONZÁLEZ SAMPAYO; Viola: JOSE SEGU; Violoncello: FRANCISCO MILANS ZABALETA y Contrabajo: FELIX MILANS PERADEJORDI, hijo del anterior.

Durante el año de su creación y el siguiente, pues se disolvió en 1907 al dejarlo dos de sus integrantes cuando el Dr. Milans partió como Secretario de la Embajada uruguaya en Madrid, el quinteto realizó una serie numerosa de conciertos que abarcaron lo modular del repertorio camerístico. Con la intervención de algunos instrumentistas locales o visitantes pudo llegarse asimismo a la ejecución de sextetos, septetos, octetos, etc.

Esta labor fue invalorable y toda una generación, en la época en que la radio, el disco y la televisión no existían debían a José Segú y a su conjunto el conocimiento y el contacto con las obras capitales de la música instrumental. Estas actuaciones se extendían frecuentemente a la vecina ciudad de Fray Bentos.

El quinteto ensayaba habitualmente en la casa de Segú y esas reuniones estaban integradas en algunas ocasiones por un conjunto de intelectuales y de artistas mercedarios, de Montevideo y a veces del exterior. Entre estos últimos deben recordarse la figura del pianista portugués José Vianna da Motta y del guitarrista paraguayo Agustín Barrios y entre los primeros a Eduardo Fabini, a Avelino Baños, a Vicente Pablo, a Pedro Blanes Viale, a Virgilio Sampognaro, etc.

Entre algunos de los programas de aquella época, tenemos a la vista el del concierto efectuado en el "Teatro Politeama Colón" el 9 de julio de 1905 en que el quinteto actuaba conjuntamente y en homenaje "del pianista ciego

señor R. Moricone, profesor de la Real Academia de Santa Cecilia de Roma", tal como él mismo lo dice. Constaba de tres partes, con obras de Liszt, Grieg, Chopin y una suite del propio Segú, sin faltar en la parte central el ya típico en esos momentos arreglo sobre una ópera, en este caso un "Capriccio sulla Traviata" de Verdi.

Como equilibrio a esa vida austera de estudio, de trabajo y de dedicación a la música los integrantes del conjunto organizaron lo que ellos dieron en llamar una "TENIDA MAGNA" en honor de su fundador. La misma consistió en una comida seguida por un concierto que se llevó a cabo en "Las Delicias", chacra que el Dr. Milans poseía en los alrededores de Mercedes. Dándole la importancia que la eventualidad merecía se imprimieron pequeños programas. En la portada de uno de ellos vemos que el acto lo organizan el "Quinteto Segú" y el "Pinche"; ante nuestra curiosidad, nuestro informante nos aclara que era una sociedad gastronómica compuesta por varios músicos amigos para pasar unas horas que prometían por lo menos agradar a los paladares. El menú, aparte de platos comunes y conocidos, tenía especialmente dos que hoy sentimos mucho no poder probar, pues encierran un verdadero interrogante. Son ellos los "Caracoles a lo Segú" y la "Ensalada wagneriana". Los primeros, pensamos serían un preparado especial de su autor, donde se le escurrirían sin lugar a dudas y como condimento alguna que otra corchea o semifusa; en cuanto a la segunda, conociendo la complejidad de la vida y de la obra del autor del Tristán, las hipótesis son infinitas y lo único que queda pensar es si el efecto que causaba tal ensalada era el mismo que en muchas ocasiones el compositor alemán y su música causarían.

Varios años después, presumiblemente en 1914 y luego de la desintegración del quinteto, surgió otro proyecto importante que se hizo realidad en la forma de una orquesta de cámara de cuarenta integrantes. El esfuerzo que esto significó nos dice mucho de la calidad y del amor a la música y al trabajo del maestro Segú y de los músicos y aficionados que vivían en Mercedes en esos momentos.

"Campo" de Fabini, Sinfonías de Haydn y de Mozart, obras de Bizet, Saint-Saëns, Grieg y las clásicas oberturas de Rossini y Verdi formaron parte del repertorio de la "SOCIEDAD ORQUESTAL SEGU". Asimismo esta Sociedad hizo posible el traslado desde Montevideo de artistas de la talla de Arturo Rubinstein, Ricardo Viñes, Miguel Llobet, además de los músicos uruguayos, especialmente de la ya formada Asociación de Música de Cámara.

Con el traslado en 1920 de José Segú a Montevideo donde formó parte del Cuarteto Mozart, se cierra un ciclo de la cultura mercedaria.

Mientras que el maestro Segú siguió siempre el camino de la música, a muchos de los integrantes de aquel cuarteto y de aquella orquesta las rutas de la vida los condujeron hacia otros derroteros. No obstante, la labor cumplida por ellos en Mercedes en las primeras décadas del siglo, de trabajo infatigable para hacer llegar la cultura y en especial la música a quienes de otra manera no hubieran nunca tenido contacto con ella, merece no sólo el recuerdo sino el conocimiento de las actuales generaciones. A ellos en su doble calidad de precursores y de iniciadores de la música de cámara en nuestro país y en Mercedes, debe la historia de la música culta en el Uruguay un importante aporte.

Susana SALGADO GOMEZ

(Especial para EL DIA)

(Fotografía y programa atención del Dr. Francisco Milans).

Politeama Colón

El Domingo 9 de Julio 1905

Concierto

Del pianista ciego Señor R. Moricone profesor de la Real Academia de Santa Cecilia en Roma, coordinado gentilmente de los señores que componen el quinteto, profesores P. Hors, M. Gonzalez Sampayo, José Segú, F. Milans Zabaleta y F. Milans Zabaleta (hijo)

PROGRAMA

Primera Parte

- 1º. Liszt —
a) Usignolo
b) Rhapsodia N.º 6 S. MORICONE.
- 2º. Grieg —
a) Erotik
b) Lully
c) Célèbre menuet
POR EL QUINTETO
- 3º. Chopin—Scherzo S. MORICONE.

Segunda Parte

- 1º. Ascher—Capriccio sulla Traviata S. MORICONE.
- 2º. a) Schaper—Estilo Gluk
b) Haydn—Célèbre largo S. MORICONE.
- PARA CUARTETO
Señores Hors, Gonzalez Sampayo Segú, y Milans Zabaleta.
- 3º. Palumbo —
a) Di notte
b) Wals S. MORICONE.

Tercera Parte

- 1º. Segú —
a) Andante cantabile
b) Improvato
c) Berceuse
d) Tarantela
e) Primavera
f) Scherzo S. MORICONE.
- 2º. Grieg—Sonata para violín y piano (Alegro vivace), señores Hors y Segú.
- 3º. Liszt—Rhapsodia N.º 2 S. MORICONE.

A las 8 1/2 en punto.

El piano SCHENKNER ha sido gentilmente cedido por la Sociedad Italiana.

Precios de las localidades

Palco avante \$ 4.00—Id. Común \$ 3.00—Id. Cazuela \$ 2.00—
Tertulia balcon \$ 1.20—Sillones de Orquesta \$ 1.20—Platan \$ 1.00—
Cazuela \$ 0.40—Entrada general \$ 0.50—Paraiso \$ 0.30—Media
entrada \$ 0.20.

Programa del Teatro Politeama Colón, con la intervención del pianista Moricone y el Quinteto Segú.

TEATRO QUE REABRE DOS MIL AÑOS DESPUES

DOS mil años después, el Teatro Grande de Pompeya, con las mismas representaciones que entonces animaron su escenario, resurge a la actividad como fragmento redivivo de un mundo sumergido.

El Pensamiento cumple su ciclo cada día, y se interrumpe luego en el intervalo de su noche. En cambio, el caleidoscopio de la Ilusión y de los Ensueños no tiene pausa ni en la vigilia ni en el dormir: soñamos despiertos y soñamos dormidos.

El Pensamiento lo alimenta; el Ensueño impera. Es este el factor más noble de la mente humana, el que condiciona y plasma a su semejanza la realidad.

Las historias de teatros que se interrumpen pero que no desaparecen nunca; del acróbata que se quiebra y apenas superado su mal está de nuevo en sus peligrosas pruebas; de los actores que a cualquier edad, por avanzada, se sienten aún jóvenes para reírse de las actividades, nos ofrecen ejemplos colaterales de la supervivencia sin término de la Ilusión... Cuando vemos que en la nueva aurora de una larga noche, en medio de los restos de una ciudad irremediablemente muerta, el Teatro Grande de Pompeya —bazar de ilusiones como todos los de su género en el patrimonio del hombre— comienza a removerse, a irradiar primero tímidamente y luego ya con dominio propio luz y calor de cosa viva; como un rescoldo que quedó encendido entre tantos restos y residuos, nos afirmamos en la creencia de la inmarcescibilidad de la Fantasía, de sus accesorios y de sus artífices, como fuerza —piloto del numen mediante la cual el Hombre forja la realidad a sus deseos. Lo que concierto desde llamamos ficción o farsa, no serían, creemos, sino el semillero aún en nebulosa de la VERDAD. Los grandes bienes de que gozamos —hasta los más insignificantes—, no fueron sino

deseo o fantasía en una época cercana o remota, en la mente humana. La VERDAD, en su fondo, no sería sino el dictado de la Fantasía en el punto en que confluye con nuestra milagrosa esencia.

"Pasen, señores... El espectáculo continúa después de dos mil años; naturalmente, con cambio de firma... Son otras las caras... Otras las voces... Pero no lo notarán... Por momentos, os acogerá la duda de que vosotros mismos sois aquellos espectadores lejanos..."

En efecto, a la distancia focal conveniente de la Ilusión entre vuestro asiento y el escenario; con la morbidez de los ángulos que las luces pincelan en tonos adecuados y los ecos invariables de las voces rebotando en las mismas piedras y en los mismos montes de entonces; oyendo los conceptos universales y eternos de Aristófanes, de Eurípides, de Sófocles, de Esquilo; mientras las golondrinas revolotean con las mismas acrobacias sobre nuestras cabezas, o a la hora más entrada del crepúsculo, los murciélagos cruzan el escenario, veloces, como si llevaran un mensaje y se volviesen de pronto por haberlo olvidado, en ese sugestivo escenario —repetimos— habrá un instante —¡aferradlo!— que alumbrará como un relámpago lejano el fondo de vuestra memoria y os sentiréis haber sido remotamente el mismo espectador entre las mismas cosas repetidas.

En ese instante, habréis violado el secreto de vuestra inmortalidad. Y la gente concurre en masa a procurarse ese momento que tiene algo de mágico.

Antes, los espectáculos vespertinos y más excepcionalmente nocturnos, eran iluminados con antorchas o lucernarios alimentados con aceite; y la gente de los alrededores, de una cierta posición social, llegaba al Teatro en sus carros romanos de tiro.



En primer plano la prestigiosa actriz italiana Edmonda Aldimi sobre el escenario del Teatro de Pompeya, caracterizada de sugestivo pájaro.



Escena de "Los pájaros", obra de Aristófanes. Uno de los atenienses llegado de la tierra al reino de los pájaros, reúne a éstos y les plantea la fundación de una ciudad.

MONTEVIDEO

CIUDAD VIEJA

25 de MAYO 589

CENTRO

RIO BRANCO 1212

CORDON

18 DE JULIO 2022 bis

(Ag. Petraglia)

PUNTA CARRETAS

Y PARQUE RODO

BRITO DEL PINO 810 esq.

21 DE SETIEMBRE

POCITOS

JUAN B. BLANCO 914

MALVIN

ORINOCO 5048 Y MICHIGAN

UNION

Avda. 8 DE OCTUBRE 4062

Avda. 8 DE OCTUBRE esq.

ABREU (Kisco Unión)

Avda. 8 DE OCTUBRE esq.

PIRINEOS (Kisco Maroñas)

GOES

Avda. GRAL. FLORES 2942

PASO MOLINO

Avda. AGRACIADA 4109

AGUADA

SIERRA 1975 esq. MIGUELETE

(Ag. Lagleyze)

RIVERA

Avda. RIVERA 2621

CERRO

Av. CARLOS M. RAMIREZ 1686

esq. GRECIA

SAYAGO

Avda. SAYAGO esq. ARIEL

(Kisco Sayago)

COLON

Avd. GARZON 1911, frente

Pza. Vidiella (Florería)

EN EL INTERIOR

CANELONES

TREINTA Y TRES esq. RODO

Pza. 18 DE JULIO

(KIOSCO ISNALDI)

LA PAZ

Av. BATLLE Y ORDONEZ 215

(BAZAR JORGITO)

LAS PIEDRAS

Av. ARTIGAS Y LAVALLEJA

(KIOSCO LUISITO PLAZA)

ESTACION FERROCARRIL

(KIOSCO LUISITO)

PANDO

Gral. ARTIGAS 895



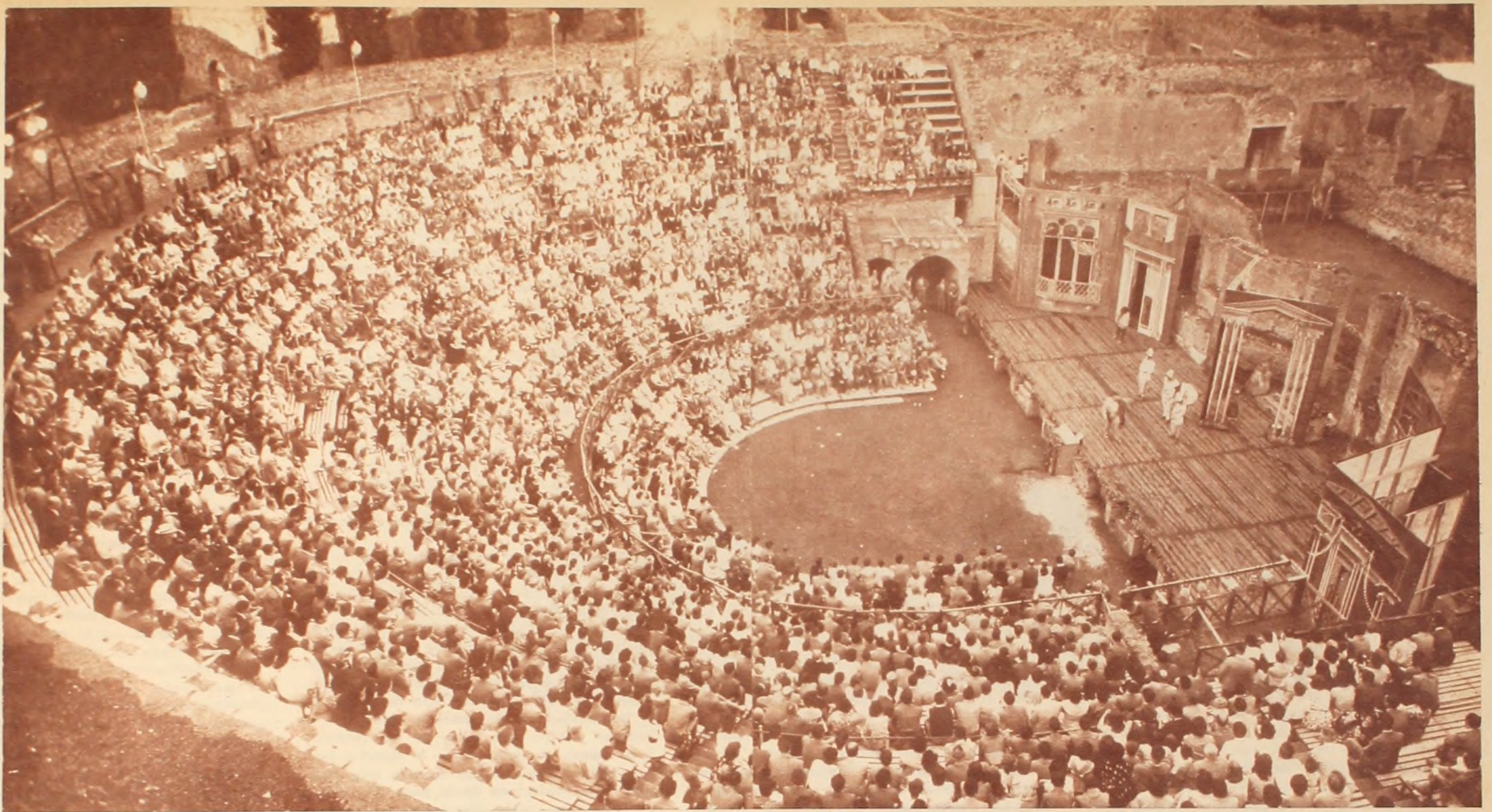
AGENCIAS

PARA AVISOS ECONOMICOS

EL DIA

para comprar, para vender,
para contratar servicios

AGENCIA NOTICIOSA "EL DIA" EN PAYSANDU · SALTO · RIVERA · PUNTA DEL ESTE



Un "completo" envidiable del Teatro Pompeya, durante una de sus últimas representaciones de julio ppdo.

Ni el **neon** ni los automóviles cambian hoy el sugestivo aspecto de cosa remota, en aquel como asomarse a una antigua, profunda arca de familia. Las luces están inteligentemente dosificadas; se muestran en islotes de claridad azules tenues entre grandes manchas negras de sombras; entre copas frondosas de pinos que se entremezclan formando techos oscuros y cuyos gruesos troncos, en la perspectiva, se alinean como rayas de la noche... La gente llega al gran parque de estacionamiento y con sus mismos vehículos, moviéndose, parecen sombras que se desprendieran de aquellas sombras madres. Como en un conciliábulo de cosas o seres o genios inverosímiles en una noche remota.

Entramos bajo los pórticos del primitivo foyer —que más tarde, en la época, fuera la palestra de los gladiadores—; las lámparas, con sus "luces oscuras", algunas a ras de tierra, proyectan nuestras sombras alargándolas sobre la gramilla del centro, perla con el riego de la tarde. De su seno se eleva un perfume de tierra desnuda y virginal salida del baño, con aromas de tiempos olvidados, en esta época de pacífico morir en las lentas cámaras de gas a residuo de carburantes que son hoy las ciudades modernas.

Una chica con corte de cabello masculino y en ligera túnica romana, en el vano intento de reducir a neutras formas de manco su femenino efluvio presente y **prepotente**, nos conduce, a través de arcos y pasadizos, a la gran concavidad del Teatro propiamente dicho, a esa hora ya rumoroso de público que entre medias luces se revuelve buscando su ubicación.

La parte inferior de las gradas aún se conserva en su piedra original de mármol travertino. Era el **ima cávea** en que se colocaban los asientos de las autoridades y los **isellium** otorgados a las figuras más representativas. Constituía la mayor donación cívica y consistía en un doble asiento vitalicio para todos los espectáculos públicos; al punto que **Gaio Calvencio Quieto**, noble patricio augusteo que mereciera tan alto

honor, hizo representar el **bisellium** sobre el mármol de su tumba, que aún se muestra a los pasantes, señalando a la posteridad sus títulos de sobreestima propia y ciudadana.

El espectáculo va a comenzar... Lo anuncian las luces que se apagan y encienden totalmente como en un parpadeo... El público se acomoda definitivamente en los respectivos sitios; corta sus diálogos, se prepara a su descenso al pasado... Por instantes, el silencio queda envuelto en una oscuridad de tumba como si todos no fuesen nadie, nada... polvo sobre el polvo... Cinco mil espectadores que llenan las localidades, y cuyas respiraciones sumadas no se sobreponen a la brisa que pasa... Se siente sobre nuestras cabezas el rasgar tembloroso de un murciélago en su vuelo ebrio... El crepitar de las piedrecillas del suelo, al escurrirse alguna diminuta lagartija... El silbido de un tren cercano, el **circunvesubiano** que atraviesa sincrónicamente la zona... Son sólo vibraciones en el espasmo de la espera...

Luces mágicas comienzan a escenderse desde ángulos particulares, alumbrando incoherentes formas que poco a poco se van integrando con el paulatino crecer de la claridad... Se tiene la impresión de que son los ojos que van adaptándose a la oscuridad y no la de que luces nuevas los impresionan.

Los protagonistas empiezan a aparecer desde los más variados ángulos. Se reprisa "Los pájaros", pieza cómica de Aristófanes, estrenada en Atenas a fines de marzo del año 414 ante de Cristo!...

Y sin embargo, el tema tiene la frescura de crónica de la última semana. Dos atenienses, **Pisétaire** y **Evelpide**, cansados de la vida de demagogos, de ladrones, de aprovechadores, de intrigantes y de impuestos a no terminar, deciden irse a formar una nueva ciudad, sobre una nube, en el reino de los pájaros.

Ellos mismos se transforman en seres igualmente alados; hacen gran amistad con aquéllos, los reúnen en convenciones y los

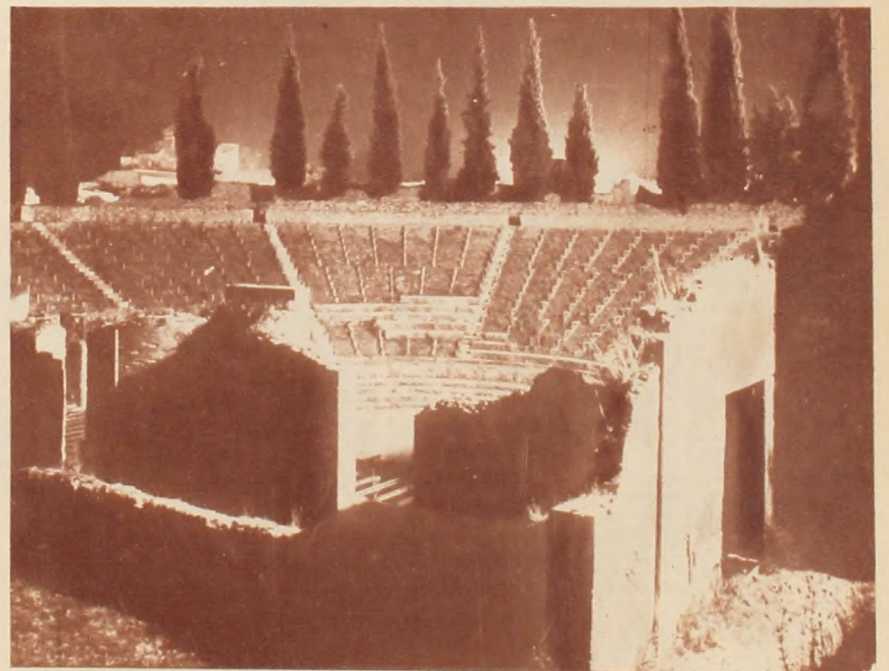
ilustran sobre la posibilidad de formar la ciudad proyectada, de interponerse entre los hombres de la tierra y los dioses del Olimpo, estableciendo un impuesto para todo humo de sacrificios que proviniendo de los primeros, deberán atravesar la ciudad interpuesta antes de llegar al destino de las deidades... Los dioses del Olimpo, necesitados de los humos e inciensos provenientes de la tierra, no solamente tienen que sujetarse a pagar altos impuestos, sino que ter-

minan por admitir en su reino, deificándolos, a los dos atenienses aventureros, para poder así recuperar la paz y el dominio de sus prerrogativas... Un tema tan antiguo y a la vez tan palpitante en su actualidad humana...

Juan RASO

(Especial para EL DIA)

—Nápoles, agosto de 1964—



Sugestivo aspecto nocturno del Teatro, antes de su acondicionamiento para la temporada.

COMISION NACIONAL DE XXVIII SALON NACIONAL



"Bodegón". H. Sartore (óleo).

LA realidad de la Naturaleza, buscada luego de quebrar la Academia, sustentó a la pintura la captación de la luz, llevada hasta sus límites más extremos. Tales procedimientos técnicos, que veían ya el fenómeno científico del color, elaboraron la atmósfera con primarios y secundarios, rebajados luego a una gama que tendría como ejemplo supremo las "catedrales" de Matisse. De allí, se revivió dicha manifestación, por los puntillistas, que colocaban por yuxtaposición el color — en la misma tela uno al lado del otro ofrecían el efecto, como si lo fueran combinados — lo que por otro lado Cézanne se preocupaba de la estructura, olvidada por la eclosión del impresionismo. Esta última concepción — la de Cézanne — provocó no pocas controversias, ya que se interpretaban de distinta forma sus ideas en cuanto a valor esencial de la pintura, y a su simplificación y ubicación del color exaltado. Indudablemente el cubismo le debe mucho, y después todas las

otras facetas por las cuales evolucionó este arte, tuvieron en aquel emparentamiento con los sólidos, una muy distinta formación plástica. Disgregados, pero con el mismo fin, salvo Matisse, Marquet tomaron su resolución los llamados "Fauves", y se concretó, con otras técnicas y otras individualidades valiosísimas, la gestación con que venía sucediéndose una libertad que iba quebrando todo lo que no fuera expresión. Naturalmente que hemos saltado cantidad de "ismos" para conducirnos hasta la realización geométrica de André Lothe, y luego la plena absolución de las trabas, para dejar el paso al "informalismo". Modalidad que se presenta con distintos aspectos ya técnicos y expresivos. Si comenzó por borrar la composición geométrica, de la cual se mantenía aún la estructura dejada en principio por Cézanne, también cimentó la combinación de elementos técnicos y materiales diversos, hasta llegar a exudar la misma pintura, derramada y guiada o no,

por exaltados artistas, que hicieron en muchos casos, un valor del llamado "casualismo". Tal inversión provocó un movimiento general, un movimiento violento, y a la pintura informalista colorida y vivaz, al concepto materialista y rudo, al desgarramiento saturado por aglomeración y complicación de elementos, se opusieron algunos pintores, que mantenían la serena versión de sus ideas, aun dentro de tal Escuela, descubriendo algo más rico que esa masa aglutinada en "collages", con maderas, trapos, etc. Descubrieron el clima del espacio. La verdadera poesía del contorno de las cosas, partiendo no de ellas, sino de su contacto con el espacio tal cual lo aplicara Lothe en sus teorías. Aún así, fuese diluyéndose la medida, y dentro de este concepto, se movieron masas de color bien dispuestas, equilibradas, justas, finamente realizadas con un sentido de pintura y no de improvisación.

Momento, es pues, que entremos ya en el actual Salón, con el Gran Premio otorgado a García Reino. Su "Número", es indudablemente, dentro de una tesitura de abstracción informalista, el mejor exponente. No sólo atisba esa superficie de tonalidades esmaltadas, sino que va en profundidad hacia una búsqueda de la sugerencia. Se promueve ella por el efecto bien estudiado de la hermandad en los grises, y acaso con el siempre clásico: una parte de luz (blanco) y lo demás en gama hacia la sombra (grises). Se proyecta de tal manera una disciplina que evoluciona desde años. Un borrar el tema que venía diluyéndose, a medida que García Reino experimentaba con los planos. Primero sus figuras en rombos quebrados por el color en luz — media tinta y sombra — o ya por zonas — luego la esfumadura que perdía a lo lejos la representación que todavía insistía en mantener. Ya la total marcación de un escenario cerebral, que mueve aquellos planos descontradadamente armoniosos. Pintura que queda dentro de una faceta, y que al dejar de lado el tema pierde la comunicativa visión de la fácil comprensión. Por el contrario, Amalia Nieto descifra en evolutivas pinceladas el dinamismo. Si estático es García Reino, la pintora que logró el 1er. Premio

con "América Insólita" vuelve a inquietar como una obsesión, el tema de los "Buhos" ("Buhos morados I"). Partiendo de una manifestación que tenía algunos puntos de contacto con las formas figurativas del motivo, la artista los fue depurando hasta realizar una verdadera conmoción dentro de su pintura. Al proseguir esta fábula pictórica, disgregación llamó a su concepto, perdiéndose ya el motivo para surgir una simplificación abusiva y con imprevistos impulsos. De otro carácter, es lo que podríamos llamar en algo un expresionismo, de Lombardo, en su "Naturaleza muerta"; segundo premio. La representación asume un limitado objetivo, pero existe en la combinación conceptual, una básica anotación espacial, aun cuando la pintura sea en un sentido más fuerte y empastada; con algunos signos que insinúan los contornos, otros detalles — perforación en negro el espacio — que promueven inquietud y distrae la verdadera misión de la tela su origen. Casimiro Motta es tal vez uno de los más firmes valores nuestros. Su obra queda de una expresión moderna, fuertemente arraigada en la solidez, sin despreciar para nada el tema, sino abordándolo interpretativamente, hacen de su cuadro "Paisaje" una de las telas más bellas, cuanto a valores estables se refiere. En la combinación de la materia, sin evadirse al absoluto de la técnica limpia, su recurso variado según la exigencia y el sabor del tema propuesto a decir, dejan ante su cualidad magnífica de simplicidad, y movimiento en las manchas y en las zonas de color.

En otro aspecto, Marchand, más empastado, y buscando un color intenso, insistió en su temática de "Puerto", ya explorada por él en cantidad de obras. Tales cuadros mantienen como virtud un especial equilibrio entre el empaste colorido de las brisas y la plomiza y ligera materia del mar. Los reflejos, son ya casi eliminados, y la estilización del dibujo ofrece una dramática formación a la gastada quilla o a las hondas corrientes. La sensación de calma que pesina se encuentra en la obra de Leconte Heide, "Rancho". Es un acierto en cuanto al resultado expresivo, y a la técnica.



"Nurimar en el taller". Gustavo Alamón (óleo). Premio al retrato.



"Retrato de J. G.". U. Leites (óleo).



"Puerto". W. Marchand (óleo).



"Paisaje". W. Marchand (óleo).

LAS ARTES

PINTURA

propiciada en la cual asoció la escena. El horizonte en luz, envuelve hasta el rancho conjunto, y recortando las figuras — primordial objetivo — contornea con vigor elementos que contrastan con esa levedad de la luz. Solano Gorga abandonó la finísima gama de blancos, en donde prevalecía la conformación espiritual, en la cual vertía signos en espacios bien ubicados, para tener el relieve. No creemos haya ganado en absoluto. En contraste, Solari vuelve a sus "Máscaras de las ofrendas", con colorido vivo y aureola de misterio pictóricamente audaz. Los dos cuadros de Glauco Telis, en sus grises, se hacen acreedores de su premio (Banco República). Y las figuras de Tejera, enlutadas con el título de "Tres viejas... un niño", dejan ya la influencia de Buffet, para buscar en el espacio una armonía en la composición. El dramatismo de lo representativo está dado sin molestias. Tiene la estructura un cultivador insistente en Denry Torres, pintor que se preocupa de esa difícil combinación del alma y el espacio. Logra aferrarse a sus estudiados planos ocres y rojos. Dos cuadros de Vallarino, nos recuerdan la técnica de Martín, pero con una libre ejecución que no desprecia el motivo objetivo, y Traversa, en combinación de materiales: óleo y oro, a la hoja, señala en "Rumbo", fantasía que queda sin afrontar una más clara sugerencia. En otra versión del informalismo, Ventayol, va encaminándose a aquella simplicidad que tuvo en Tapiés la simiente. Pero más oscura y menos colorista, siendo "Naturaleza muerta constructiva" de Villanueva, un ejemplo límpido de esta teoría, así como en Bergallo, podemos admirar una naturaleza muerta en base a primarios y secundarios muy bien enlazados por una ejecución dibujística bien orientada hacia lo concreto de las formas. Como pintura representativa, en la faz interpretativa se destaca el "Bodegón" de Sartori. Estas escenas de café, sabe el pintor ubicarlas en su verdadero ambiente, y al color alterado de los jirizos alterna la atmósfera en equilibrio hacia una ambientación de conjunto. También a la espátula, Tourreilles desarrolla valientemente el tema, y más apegado a este, comienza con Tedeschi la versión na-



"Rancho". Lola Lecour (óleo).

turalista que aun en el cuadro "Mascarnes", gravita en ese "ser y no ser". "Nuri-mar en el taller" (premio al retrato) es una figura bien realizada: si acaso el plano superior "achica" el dibujo, pero éste se mantiene bien delineado. Un buen trabajo de Alamón, que tiene en el retrato de Leite, una más severa disciplina de tal género. Los "Niños" de Kabregú dan una ligera versión del óleo diluido que el pintor italiano lleva a cabo con tanto acierto. El esmalte de Quagliotti, "Naturaleza muerta", posee la conjunción de un cromatismo vivo, así como tonalidades apagadas, empezando bien Nario Ribeiro con un paisaje. El óleo combinado de Rolandi, Nº 54, es de los mejores en su género, pesando las dos obras de Mazzei, por su calidad abigarrada en su

serie de "imágenes". Tal vez dentro de un expresionismo que busca la intensidad del color: verdes, rojos, anaranjados; Gobbi, en sus "Figuras", desdibuja y pierde la estructura de las mismas, dispersando los valores, como a Damiani le hallamos empujando en una tela de medios combinados "Templo", a la cual precisamente en su interpretación, niega la grandeza vertical. Sin superarse están Delliotti con "Paisaje", Demarco con sus repetidas y bien logradas manchas a la ténpera, bueno el trabajo de Ferro, "Calle", y de lo más vigorosa la naturaleza de Fossatti. En otro sentido más abstracto, en giros de colores, Maria Freire ataca una sucesión de parábolas, en las cuales los rojos atisban la luz. Como composición de color, pueden citarse: "Veleros"

de Cruz, y la estructura vertical de Cúparo, "Pintura". Hallamos en cambio frío el óleo "Un Virrey..." de Améndola Verdié, como calidad en los grises en Andivero en su ténpera. Citaremos el asfalto sobre papel de Barnes, y el "Paisaje" pleno de luz y soltura de la Sra. Badetto. A cambio, debemos consignar, que a pesar de la rigurosa selección, establecida indudablemente por un jurado más inclinado a solventar las más modernas escuelas que a facilitar el encuentro de lo que realmente es el ámbito nacional en todas sus manifestaciones de pintura, este Salón — XXVIII —, no supera en absoluto los anteriores.

Eduardo VERNAZZA

(Especial para EL DIA)



(óleo). Premio Embajada de Italia.



"Tres viejas... un niño". — Tejera (óleo). Premio Israeli.



Firma del tratado de Comercio y Navegación con el representante del Comodoro Bowles, en Purificación, el 2 de agosto de 1817. (Interpretación de J. L. Zorrilla).

EN el número 1127 de este Suplemento — 22 de agosto de 1954 — publicamos un trabajo cuyo título informa claramente sobre el tema tratado: "Marina mercante artiguista".

Informábamos allí de las circunstancias propicias a la formación de una flota mercante "de Estado", como con frecuencia la designó Artigas en su correspondencia, informando sobre su composición y de los servicios que prestó.

Durante los años 1815-1816, sus buques unieron los puertos del litoral con Montevideo en un tránsito de plena utilización. En su navegación de descenso transportaban los productos de las tierras comprendidas en el área de influencia político-militar del Protector: yerba y tabaco de Misiones; cueros, sebo, crines, huesos de las Provincias Oriental y Corrientes; granos de la de Entre Ríos; carbón de leña, carne salada y, a veces también, pasajeros de naturaleza diversa: magistrados, tropas, prisioneros.

En el viaje de retorno, el cargamento estaba constituido por los efectos más heterogéneos exigidos por la organización y funcionamiento del Cuartel General del Hervidero y las poblaciones ribereñas del Paraná y Uruguay: uniformes y armas para las tropas; alimentos para éstas y la población civil; medicamentos, cartillas de lectura para las escuelas que trabajosamente desbastaban la ignorancia del medio; ornamentos para los templos humildes empeñados en cultivar la fe de un pueblo ingenuo, rudo y batallador; semillas para el fomento de la agricultura; árboles exigidos por la multiplicación de los huertos; libros políticos, de economía y filosóficos demandados por el interés insaciable del Protector que deseaba nutrir y difundir el conocimiento de aquella liberal organización política del Estado que tanta resistencia levantaba en los dirigentes porteños.

La existencia de esta flota mercante, cuya organización y funcionamiento concitó estrecha preocupación de Artigas, con ser tan significativa sobre una especial manifestación de la actividad del Héroe, lleva a la formulación de una interrogante: ¿Responde a una determinación ocasional, provocada por circunstancias fortuitas; necesidad de comunicar a Hervidero con Montevideo, puerto del intercambio comercial, o responde a un estable estado de conciencia, valorativa de los méritos de los elementos marítimo-fluviales de su provincia natal?

Hechos anteriores y posteriores a este que dejamos referido, de honda significación política, militar y económica, parecerían indicar que las decisiones artiguistas obedecieron a una decisión consciente, basada en una clara apreciación de los beneficios que podían derivarse de la utilización de los factores geográficos de la Provincia Oriental y del escenario platense, para servir a los fines políticos del caudillo.

Si se piensa detenidamente en el problema, debemos admitir como hecho cierto la reflexiva decisión de Artigas. Porque en verdad, la estrategia se funda sobre la apreciación de realidades tangibles y circunstancias valorables y si para la consecución de su política Artigas puso a su servicio los méritos de los elementos vinculados al ambiente marítimo, fue porque los juzgó válidos, porque tuvo conciencia de los bienes que podía depararle su utilización.

¿Cuáles son esos hechos anteriores y posteriores a la creación de la marina mercante artiguista que justifican nuestra afirmación? Consideremos en primer término la defensa sobre la habilitación y uso de los puertos de Maldonado y Colonia propiciada por los artículos 12 y 13 de las célebres Instrucciones de abril de 1813: "Artículo 12. — Que el puerto de Maldonado sea libre para todos los buques que concurran a la introducción de efectos y exporta-

ción de frutos, poniéndose la correspondiente aduana en aquel pueblo; pidiendo al efecto se oficie al Comandante de las fuerzas de S.M.B. sobre la apertura de aquel puerto para que proteja la navegación ó comercio, de su nación."

"Artículo 13. — Que el puerto de la Colonia sea igualmente habilitado en los términos prescriptos en el artículo anterior."

Complementa la significación política y económica de estos dos artículos de las instrucciones dadas a los Representantes del pueblo oriental ante la Asamblea Constituyente reunida en Buenos Aires, el artículo 14: "Que ninguna tasa ó derecho se imponga sobre artículos exportados de una provincia á otra; ni que ninguna preferencia se dé por cualquier regulación de comercio, ó renta, á los puertos de una provincia sobre los de otra; ni los barcos destinados de esta provincia á otra serán obligados á entrar, á anclar, ó pagar derechos en otra".

¿Qué busca Artigas con estas cláusulas de sus instrucciones?

¿Qué motivos las impulsan? ¿Cuál es el fin que persiguen?

No es difícil encontrar respuestas satisfactorias: Artigas, fiel a sus concepciones políticas en cuanto a la organización del Estado, defiende la autonomía de las provincias. Rechaza los privilegios. Se opone a las ideas centralistas y de absorción.

Las provincias situadas a occidente del río Uruguay no tienen otro puerto para las relaciones del comercio internacional que el de Buenos Aires, centro y cerebro de la Revolución de Mayo y con una situación geográfica ventajosa con referencia a los situados o que pudieran habilitarse sobre los ríos interiores. Esta última calificación no responde sólo a una ubicación de orden geográfico sino, fundamentalmente, a una distinción jurídica. El Paraná y

el Uruguay son ríos vedados a la navegación de todo buque cuyo pabellón no sea el de uno de los Estados costeros. En 1810 se está jurídicamente lejos de la posición de Uruguay dictando el Reglamento de Aduanas — 28 de agosto de 1852 — cuyo artículo 4º habilitaba ambos ríos a la libre navegación, actitud confirmada por los tratados de San José de Flores firmados con Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos de América el 10 de julio de 1853. Pero se está más lejos aún de una conciencia federalista que reconozca el derecho y la conveniencia de las provincias.

Desde el poblamiento de las tierras platenses, Buenos Aires fue siempre el único puerto de la región; él era la única puerta de relación entre la economía del interior y el mundo exterior ampliado o constreñido según la voluntad o situación política de España. Tal calidad la conservó Buenos Aires aun cuando aumentara la población del interior y se incrementaran los intereses regionales. Defendió el privilegio por motivos económicos. Las rentas de entrada y de las exportaciones le daban superioridad — por mayores recursos — sobre el resto del territorio y, desgraciadamente, las provincias no podían vivir sin la ciudad refundada por Garay. La única que se encontraba libre de esa subordinación geográfica y podía defender la independencia económica, era la Provincia Oriental.

Razones de defensa de la integridad territorial amenazada por el avance lusitano, obligaron a España a fundar Montevideo que adquirió su propia significación y tuvo su particular zona de influencia. La región que servía era totalmente independiente del hinterland del puerto bonaerense.

ARTIGAS Y EL MAR

Por el contrario, dadas las deficiencias hidrográficas de éste, Montevideo adquirió una predominancia incontrastable.

Hasta junio de 1814, Montevideo estuvo siempre bajo el dominio español y en 1815, por unos meses, sometido a la influencia porteña. Tras la evacuación de las tropas de Alvear se reintegró a la Provincia Oriental.

Los puertos de Colonia y Maldonado eran utilizados desde la época colonial y por las mismas razones geográficas que el de Montevideo, podían servir a todo el litoral del antiguo Virreynato del Río de la Plata con total independencia del de Buenos Aires.

Pero Artigas que rechazaba el predominio porteño no podía usar el influjo de su autoridad para establecer el predominio de su provincia. Por amor que tuviese a su tierra de nacimiento, tal conducta hubiera sido incompatible con su política federalista. Reclamando la habilitación, la igualdad de todos los puertos posibles de las provincias con costas sobre los grandes ríos navegables, no sólo hacía prácticas sus concepciones de organización política, sino que estimulaba el progreso integral de la Confederación. Cada puerto, como parte de una provincia, debía gozar de la autonomía característica del sistema. Reclamaba igualdad de oportunidades para todos porque ello implica rechazar los privilegios de Buenos Aires como puerto único. Y cuando el 2 de agosto de 1817 Artigas firma con el Teniente de Navío Eduardo Frankland, representante del Jefe de las fuerzas navales británicas en el Plata, el tratado que abre los puertos de la Banda Oriental al comercio con Gran Bretaña, ratifica aún más su clara percepción de los beneficios políticos y económicos derivados del uso de las aguas navegables.

El entendimiento o interesada tolerancia de las autoridades porteñas con los portugueses invasores de la tierra oriental, determina la ruptura de las relaciones de Artigas



El remolcador "General Artigas", en el puerto de Ancona (Italia) donde fue construido en el año del centenario de la Jura de la Constitución, para la A.N.P. que honró al precursor de nuestra nacionalidad.

En un pequeño pueblo fronterizo, y en un comercio de ramos generales, Dalmiro Escalante trabajaba, comía y dormía.

Cuarenta años que estaba en el mundo, cargados sin esfuerzo por él.

Era alto, duro, moreno, de ojos entrecerrados — muy malos —, taciturno.

A las seis de la mañana, en las cuatro estaciones, había a dos muchachos que en el depósito tenían cama. Los otros tres tomaban el desayuno que en la cocina les hacía una mulata; tazones humeando café con leche, y tres sillas grandes, de esas que les decían cabeza de negro. Los domingos, manteca.

Luego los muchachos se encargaban de abrir las puertas que daban a la calle, de regar y barrer los tres despachos, limpiar las lámparas, echarles kerosene... Entre tanto llegaban tres empleados y se acomodaban uno por uno en el mostrador.

Dalmiro Escalante vigilaba tienda, almacén y ferretería, iba y venía, ayudaba en la venta, controlaba los costos, apuntaba los fiados.

A las nueve aparecía el dueño, don Daniel García, para la mirada por todo y se metía en el escritorio. De ahí un poco con tres o cuatro compadres se daba en hablar de política: desde las patriadas de Aparicio hasta la guerra anglo-boer.

A las doce cerrábase el comercio. Dalmiro pasaba al comedor familiar y almorzaba al lado del patrón y su consorte. A la una y media volvía al trabajo, atender carretones, peones de estancia, damas copetudas, jóvenes románticos, mozos, niños, blancos y negros. A las siete, en la sección bebidas — correspondiente al almacén — la clientela crecía y el cuadro se llenaba de rostros, voces y humo. Clientes viejos, chupadores clásicos, otros de paso. Circulaban vino, caña, ginebra, bitter... y en dos mesas se barajaban naipes grasientos. También ahí estaban los ojos de Dalmiro.

A las nueve y media cesaba el comercio. Los dependientes se iban, los muchachos bajaban las mechas de las lámparas. Dalmiro iba al comedor, cenaba, y luego ganaba su cuarto.

El padre de este Dalmiro lo llevó cierta mañana a la casa. Había enviudado y le pidió a aquél lo empleara en su casa y lo hiciera trabajar. Doce años tenía. Pasaron quince años y Dalmiro no salió más de allí.

Limpio lámparas, regó y barrió pisos, durmió en el depósito; luego pasó a dependiente. Ahora, — de la absoluta confianza de García — era una especie de gerente administrativo de la firma.

Como dijimos, ganaba el cuarto Dalmiro, sacábase la cama, se estiraba en la cama y abría un libro que a la vez era página cerrada. Soplaban el velón y no había terminado de humear el pabito — en su postrer chispa de vida — cuando el hombre estaba en el otro mundo.

Al otro día, a las cinco y media, en pie, mojábale la cabeza con el agua que en una palangana ponía, grata en verano, repudiable en invierno; pero jamás quedó sin lavarse. Con el peine, un poco desdentado ya, organizaba militarmente su abundoso cabello retinto, trazaba una raya sobre el lado izquierdo.

Diariamente, antes de ir al comedor ponía una cuchara de polvos Sol en una taza, humedecía la brocha y blanqueaba su rostro patillas abajo. Asentaba la hoja de la navaja en una lonja y rasaba cuanto pelo asomaba en su cabeza. Una vez por mes, los domingos de mañana aparecía el albañil con tijera y peine envueltos en un diario viejo; él lo esquilaba. Después, cuando las nubes no tapaban el cielo, llenando aljibes, marchaba a la cancha de pelota.

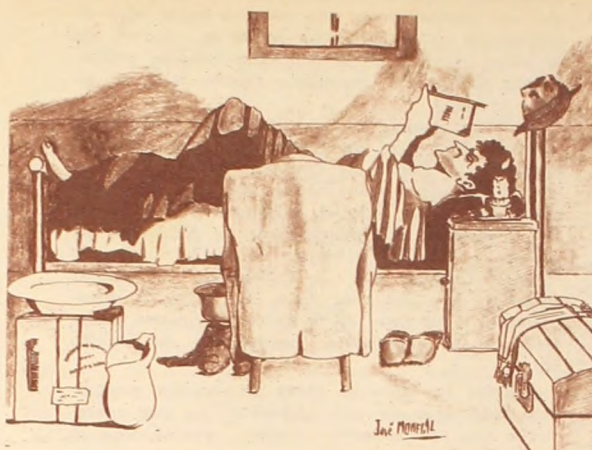
Una vez por año conmovía el pueblo la llegada del

de aquéllas y éstos. La medida invalidaba el uso del puerto de Buenos Aires a las provincias del litoral. Comenzaba su situación económica. Pero Artigas tiene en sus manos el recurso capaz de contrarrestar tan peligrosa situación. "El Jefe de los Orientales admite por su parte a un comercio (a) todo comerciante inglés. Por este artículo queda dicho Jefe comprometido a respetar y hacer respetar en todos los puertos de su mando, la seguridad de las personas y propiedades, con tal de que al presentarse cualquiera de dichos comerciantes en nuestros puertos, presenten el pasaporte del Sr. Comandante inglés o quien lo represente".

El comercio de todas las provincias, está asegurado con el uso de todos los puertos comprendidos dentro del área que ejerce su autoridad el caudillo oriental.

Pero la defensa de la Provincia Oriental invadida, requiere otras medidas que la seguridad de sus menesteres económicos. La lucha impone el uso de todos los medios de resistencia y ataque. Desde luego, los militares. Artigas hace su plan estratégico y en su formulación y desarrollo aparece nuevamente su juiciosa apreciación de los factores marítimos.

La idea central del plan de operaciones es la contraofensiva. Llevar la guerra al territorio enemigo. Pero ade-



LA TRAGEDIA DE DALMIRO ESCALANTE

circo. A una de sus funciones concurría. Y en carnaval el Club Unión y Progreso hacía un baile oficial. Allí iba Dalmiro metido en un terno negro, el cogote ceñido en un alto cuello almidonado — que era un cepo —, sentábase, bebía un oporto y fumaba cinco cigarros — con un tabaco que él mismo picaba de un naco —. Y mientras realizaba todo esto miraba bailar a los jóvenes y simplear a los viejos con careta.

Dalmiro leía la prensa que de la capital venía. Un diario cuya suscripción pagaba García, y leía García primero que él, y cuya lectura comentaba García con sus compadres. A veces la diligencia de Acosta tardaba quince días entre ida y vuelta. Pero la prensa se leía.

También leía libros, Dalmiro. Tres páginas por noche y más de treinta los domingos de tarde. Mucho lo hicieron suspirar María, la de Isaacs y Amalia, la de Mármol; Martín Fierro lo galvanizó, don Quijote lo desorientó, y Los Miserables de Hugo — que leyó, relejó y volvió a leer en el curso de dos años — lo llevaron a veces a la cumbre de la admiración y del entusiasmo y otras al abismo de la melancolía y del dolor.

Bien. Si afirmamos que Dalmiro Escalante, desde el cerebro hasta los talones era de una pieza, no mentimos. Que era un ser inteligente los prueban hasta dónde había escalado su posición en el comercio de García, los suspiros que echó al aire por María y Amalia, su desmoronamiento ante Alonso Quijano, su ardor por el gaucho Fierro y sus éxtasis por Los Miserables...

Hasta que llegó aquel 23 de junio y en la hora de acostarse, cumplido el deber del día, recordó que hacía cuarenta años había nacido.

Se sacó la ropa, en camiseta y calzoncillos se tendió sobre el colchón lanudo. Quedó boca arriba mirando las

vigas que cruzaban el techo y el baile de luces y sombras que trazaba la oscilante llama del velón.

Se dio en pensar que habían pasado cuarenta años por él y no era nada.

¡Cuántas veces envidió a esos seres que bajaban de la diligencia, se metían en la fonda, recorrían las calles y después se iban; cuántas a los dos borrachines del pueblo, que dormían ya a cubierto, ya en la plaza, que nunca les faltaron cobres para pagar las copas que García había prohibido fiarles; que a veces cantaban, otras lloraban, reían otras y escandalizaban el resto; cuántas al mocito que desnivelado en un zaguán o estampillando su físico en un balcón susurraba palabras junto a una niña; cuántas al hacendado Vega que pasaba por la vereda a grito pelado — a lo caudillo — se emborrachaba en el Club, timbeaba y volvía a la fonda encendido, rodeado de adulones; cuántas al cuarteador Macricho caracoleando la cuarta, que tenía una china la cual, cuando estaba en el pueblo, le daba de comer, le lavaba la ropa, y todavía le ofrecía amor; indio que conocía cien comarcas, al que jamás vio triste, que parecía no pesarle la vida ni la muerte...

En cuanto a su vida, era una perfecta miseria. Semanas sin sol, ir y venir tras el mostrador cuya tablazón gastada era sabida por él nudo por nudo, rendija por rendija, así como eran sabidos los rostros de García, de su mujer... Ver el cura pasar matemáticamente a la misma hora, siempre, así iluminara la calle el sol o el relámpago. El tañer de las campanas, el pitar de los milicos...

Haría unos diez años un día determinó buscar novia. Muchas, y algunas lindas, le sonrieron — pues era buen mozo y tenía buen puesto —; pero ninguna poseía la gracia extraterrena de Amalia, ni la más extraterrena de María. Si su vida no valía nada...

Entonces decidió terminarla.

Se levantó y en chancletas entró silenciosamente a la sección ferretería. A fuerza de fósforos descolgó una pistola de dos caños — que fue codiciada por muchos malevos —, abrió una caja de balas y sacó una. Con una alcanzaría. No. Podría fallar el fulminante. Sacó otra. Volvió a su cuarto y sobre el velador dejó el arma, un plomo en cada caño. Se mataría al amanecer. No quería — en la hora que estaba — sacudir la casa, tal vez el pueblo, sacar del sueño a García, espantar a su esposa quien quizá llegara al ataque; y los alaridos de la mulata, y las pitadas de los milicos despavoridos... La detonación de aquella pistola imponente sería horrisona, la vorágine en fin.

Apagó el velón.

Y como esa noche su sueño fue inquieto, casi pesadilla, cuando despertó bruscamente vio que se había quedado en la cama más de la cuenta.

En un salto estuvo de pie, febrilmente metió manos en la palangana y el peine pasó por su cabello en movimiento dislocado. Cuando se puso el saco vio la pistola. Un gesto de ira tuvo. La tomó y a grandes pasos entró a la sección ferretería. Sacó las balas, las metió en la caja correspondiente, y colgó el arma. En ese mismo instante apareció la mulata.

—Don Dalmiro, hace rato tiene el café servido, va a enfriarse...

—¡Hoy no tomo café!

Y en un tranco largo que parecía galope corto entró al depósito y con voz estentórea despertó a los muchachos que, ajenos a toda tragedia, estaban en el más inefablemente maravilloso de los mundos.

José MONEGAL

(Especial para EL DIA)

(Dibujo del autor)

más Artigas apreciaba las ventajas de cortar las líneas de comunicaciones de Río de Janeiro con Lisboa. El cumplimiento de la totalidad del plan importa luchar, entonces, así sobre las contenidas aguas del río Uruguay como sobre las vastas del Atlántico. La concepción es admirable. Para desarrollarla hacen falta barcos. Artigas ordena la confiscación de todos los que sean de propiedad enemiga y con ellos arma una escuadrilla que operará en el Paraná y en el Uruguay. Y para actuar en el Atlántico, autoriza el corso.

Ahora el escenario es inmenso. La bandera artiguista ya no flamea sólo en Purificación y en las débiles goletas que surcan los anchos ríos de su provincia. Va más allá, por la inmensidad del océano. Al Este y al Oeste. Junto a las costas de la América Septentrional y del Caribe y en aquellas otras de la asombrada Europa.

La Salcero y la Valiente — dos proas; exiguo el número, infinita la audacia — van a apoyar las tropas artiguistas en su invasión a las inmediatas tierras enemigas. "Marcharon a penetrar en los saltos del Uruguay los dos corsarios, bien pertrechados, para auxiliar por el río nuestros movimientos de tierra".

Cinco, veinte, cien proas hienden la inmensidad oceánica para cortar la retaguardia de extensión atlántica.

Y no es la primera vez que Artigas confía a naves armadas la defensa de sus posiciones y de sus convicciones. Cuando en 1814-15 se enfrenta a una Buenos Aires hostil o incomprensiva, organiza una escuadra y ordena a Campbell bloquear a la capital platense y proteger a las provincias aliadas. Embargar a todo buque de comercio, sea de quien fuere, que comercie con Buenos Aires y mantenerlo desbarbolado en los puertos y depositados sus cargamentos.

El embargo y el bloqueo son eficaces medios de lucha; pero las naves artiguistas que tienen del prócer oriental el sentido de lo heroico, buscan la lucha del fuego y el abordaje. Sobre las aguas del Paraná encienden, con los fogonazos de sus piezas de avancarga, la aureola luminosa de la causa que defienden y del jefe que las manda.

Frente a estas reiteradas decisiones de Artigas en relación al uso de las aguas y al empleo de las naves para librar sus luchas armadas y políticas, no cabe sino deducir que su mente lúcida alimentaba una conciencia marítima que suma motivos de admiración a esta personalidad política que, como las montañas, crece con la aproximación a su conocimiento.

Homero MARTINEZ MONTERO

(Especial para EL DIA)

Uno de los tres cuentos cuya publicación fue recomendada por el jurado del reciente concurso "Cuadernos-EL DIA" es el titulado "El desvío", cuya presentación se realizó con el seudónimo de "Chemin de Fer". Resultó ser su autora Armonía Somers, tan conocida y apreciada en nuestro ambiente literario, por el "nuevo estremecimiento" que ha aportado a nuestra narrativa.

Armonía Somers publicó su primera novela en 1950, con el título de "La mujer desnuda". Siguió, tres años más tarde, un tomo de cuentos: "El derrumbamiento". Su más reciente libro, también de cuentos, se titula "La calle del viento norte". Ha dado a conocer asimismo, en prestigiosas publicaciones periódicas, otras narraciones, no muchas.

Usando una expresión cara a Gabriela Mistral, diremos que la obra de Armonía Somers no tiene "Adán literario". Pues — pese a su gran admiración por Proust — ni el estilo ni los temas de esta autora reconocen influencias de escritores.

No hemos de aplicarle ninguno de esos cómodos rótulos: ni sobrerrealista, ni existencialista, aunque a veces participe de ambos climas. No tan difíciles ni tan extraños como pueden parecer en una rápida lectura, sus relatos se filtran en aquellos sectores penumbrosos en que la conciencia de sus cria-

turas está como en estado larval, en el momento de una metamorfosis que tiene a veces algo de angustiada delectación. Su estilo es conciso, sin oropeles, incisivo en el trazado psicológico, sobriamente poético por momentos (sobre todo en alguna imagen).

Armonía Somers — cuyo verdadero nombre es Armonía Etchepare de Henestrosa — es maestra, directora del Centro de Documentación y Divulgación Pedagógicas del Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal. Actualmente se halla en París, adscripta al Departamento de Educación de Unesco — del cual es becaria — con la misión del referido Consejo Nal. de Enseñanza, de estudiar sistemas de conexiones entre los servicios documentales y los fines de la Escuela Primaria, adaptables a las necesidades pedagógicas de nuestro país.

Entre las diversas obras de carácter pedagógico publicadas por esta escritora — y que aparecieron con su verdadero nombre, reservándose el seudónimo para sus publicaciones puramente literarias — figura su libro "Educación de la Adolescencia" premiado en los concursos del Consejo Departamental de Montevideo y de la Universidad de la República. — G. F.

SE trata de una historia vulgar. Pero yo la narro a toda esta gente que está tirada conmigo sobre la hierba donde se produjo el desvío y nos dejaron abandonados. En realidad, no parecen oír ni desear nada. Yo insisto, sin embargo, porque no puedo concebir que alguien no se levante y grite lo que yo al caer. A pesar de lo que me preguntaron en lugar de responderme. Algo tan brutalmente definitivo como este aterrizaje sin tiempo.

Lo conocí una mañana cualquiera en una estación de ferrocarril, mientras la muchedumbre se agolpaba como siempre para confirmar su ego. Recuerdo que había un niño de pocos años en el andén con un montón de globos sostenidos por hilos. Algunos que le habían visto llorar por la falta de viento, soplaban al paso desde abajo a fin de fabricárselo. El que viajó luego en mi cabina y yo, nos habíamos sumado a aquel asunto, cuando al levantar ambos la cabeza nos vimos entre los globos y la risa improvisada del chico. Yo no sé si fue a causa de las circunstancias mirarse a través de tantos colores elevados a fuerza de ilusión, que me pareció tan hermoso, y quizás él tuviera respecto a mí una sensación más o menos pareña. Lo cierto fue que hasta hace unos segundos no cesamos de mirarnos y eso es mucho. El desconocido tomó mi maleta del suelo se puso al hombro un morral en el que se notaban las formas turgentes de las frutas y me colocó en el asiento tratando de colmar todos los deseos que uno expresa pateando a cierta edad y luego defiende con mejor educación al llegar a grande: la ventanilla y el lugar que avanza en el sentido de la máquina.

Había, recuerdo, otra plaza en frente nuestro, y la ocuparon dos individuos con grandes canastas, tapando con sus cabezas de palurdos el espejo en que hubiéramos podido mirarnos. Aunque, para decir la verdad, poco tardamos en descubrir las ventajas del método directo. De pronto, mi compañero, tan joven como yo, pero mucho más iniciado en ciertas técnicas, tomó mi mano y la retuvo un segundo entre las suyas. Su contacto cálido y seco me había sumido de golpe en un vértigo comparativo en el que iban desfilando todas las blandas, húmedas o demasiado asépticas que uno debe soportar con asco o sin ganas cuando él aprovechó aquella especie de otorgamiento para levantar mis dedos hasta sus labios y besarlos uno por uno, en forma prolija y entregada, sin importársele las miradas miopes de los tipos de enfrente.

A todo esto, el tren había empezado a andar con su famoso chuku-chuku, que hace las delicias de todo el mundo. Yo estiré las piernas hasta los canastos de los vecinos, entorné los ojos en medio de la felicidad máxima. Entonces el joven me preguntó tierna y naturalmente:

—¿De modo que te gusta a ti también ese ruidito, no es así?

—Que si me gusta — dije yo al borde del éxtasis — sería capaz de cualquier cosa cuando empieza a escucharse.

—¿Hasta de quererme?

Qué pregunta, pensé sin responder. Si le había dejado progresar en tal forma, desde la búsqueda por detrás de los globos hasta el asunto de los besos, era que algún mecanismo frenador se me había descontrolado repentinamente, y entonces sobraban las explicaciones.

El tren iba cobrando velocidad, entrando en el lugar común de los silbidos. Se nos entreveraban ya las cosas a través del vidrio (pájaro con árbol, casa con jardín y gente, cielo con humo y nada). Tuve por breves instantes la impresión de un rapto fuera de lo natural, casi de desprendimiento. El pareció sorprender mis ideas al trasluz, como quien saca un caramelo del bolsillo, me ofreció una sonrisa también especial, de la marca que usaba para todo. Yo traté de retribuirla.

—Me gustan mucho tus dientes — me dijo — son del tipo que yo andaba buscando. Qué difícil es todo, y al mismo tiempo qué sencillo cuando sucede...

Y comenzó a besarme con una impetuosidad como de despedida, pero que suele ponerse, asimismo, cuando uno se convence de que todo el ejercicio anterior del besar ha sido pura chatarra, o un simple desperdicio de calorías.

—¿Qué lleva en ese bolso? — pregunté al fin del aliento que me quedaba, por desviar aquella intimidad demasiado vertiginosa.

—Alguna ropa y los implementos de afeitar... Bueno — añadió después con cierta malicia — y manzanas. ¿Comerías?

—¡Manzanas! — exclamé, entrando ya en su sistema — mi segundo capricho después del ruido del tren. Sólo que en este caso me gustaría compartir una a mordisco limpio. Más que nada por demostrarte que son naturales — agregué exhibiendo mis dos hileras de dientes.

Luego del episodio un tanto brumoso de aquella primera comida, de la que nunca recordaré si habrá sido almuerzo o cena, vi con cierta decepción que él empezaba a mirar su reloj pulsera.

EL UNIVERSO DE LAS FORMAS

SUMER

4.000 años de actividad mesopotámica.

ASUR: Ninive y Babilonia. El arte asirio estudiado prolijamente.

IRAN: Partos y Sasánidas: La historia de las artes de esas dos corrientes civilizadoras.

OCEANIA

Tanto el aspecto arqueológico como el que se refiere a la vida actual.

PERSIA

El arte acumulado a través de milenios en un escenario singularísimo.



CRUZ PROPAGANDA

En cada tomo se expone la suma de conocimientos adquiridos sobre el tema tratado, redactados por calificados especialistas.

CARACTERISTICAS

Volúmenes de 400 a 500 págs., tamaño 22,5 x 28 cm., encuadernados en tela, con sobrecubierta en color. Contienen de 500 a 600 ilustraciones, en negro, bistro, gris, cuatricomías y en tintas metalizadas.

EXTRAORDINARIA COLECCION DE ARTE



Coproducción internacional dirigida por ANDRÉ MALRAUX y GEORGES SALLES

EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS Y EN

ACVILAR

ANDES 1406

Tel. VENTAS 8 55 51 CONTAD. 98 25 16

CASILLA DE CORREOS 904

MONTEVIDEO

Remítame amplio folleto en colores y condiciones de suscripción a EL UNIVERSO DE LAS FORMAS.

Nombre

Profesión

Domicilio

Localidad

—Rayos, —dijo de pronto— cinco días ya, qué infatigable matemática para todo.

—¿Cómo —lo interrogué— qué es eso de cinco días, si acabamos de subir a este desbocado tren expreso?

Fue en ese momento que debí empezar a salir de mi penumbra mental, a causa de sus palabras.

—Mira —aclaró— los tipos del canasto cambiaron de vagón el primer día. Ellos y muchos, parece que a causa de divergencias con nosotros. Y vino en varias oportunidades el guarda por los billetes que yo iba renovando cada mañana.

—¿Aquel hombre sin cara, vestido de gris, que creo haber visto no sé si sobre el piso, o por el techo, a lo mosca?

Mi compañero inauguró algo que yo no le conocía, una carcajada que hizo girar todos los cuellos hacia nosotros.

—Sí —contestó al fin— un hombre que casi no acusaría más relieve que el de los botones de su chaqueta. Pero que miró nuestras manos con tan feroz insistencia de campesino casamentero, que tuve que ponerte ese anillito mientras dormías.

—Voy a echarme esta vez bastante agua sobre la cabeza —dije al cabo de su última palabra— porque eso de dormir yo así como así ya no cuela. Parecería un relato con el personaje equivocado —añadí incorporándome.

—Digamos que primero fue lo de la manzana entre dos, y que luego te dormiste a mi lado —me explicó él como quitándole importancia a las cosas—. Es lo que sucede normalmente cuando ya ha transcurrido ese tiempo. Y que luego deberá repetirse hasta tocar fondo —agregó aún, mirando hacia su misteriosa provisión de manzanas.

Todo aquello me estaba pareciendo algo demasiado fuera de lo habitual, como una especie de desafío por el enigma. Pero andaban mezclados con la locura elementos objetivos de tal validez que eran capaces de obligar a creer en el conjunto, contra cualquier protesta de razonamiento.

Nos hallábamos, entre tanto, asimilando de lleno el ritmo del tren. Y hasta la medida de la velocidad, que en un principio se nos mostraba por las cosas externas: huyendo a contramano, se había hecho moneda corriente. Yo iba individualizando ya los días de las noches, los pasajeros molestos del otro asiento y los que eran capaces de cerrar los ojos aun sin sueño. Un día mi hombre sacó un pantalón de invierno de su bolso. Aquello fue como el fin de mi dulce tránsito en la idiotez, especie de golpe de gracia que no provino solamente de toparse con el nuevo viento frío colado por las rendijas.

—¿Ves? —me dijo en tono de reproche, tratando de estirar la prenda— estaba bien doblado por mi madre y tú has hecho este lío.

Yo lo miré con cierto aire bobalicon que se quedó colgado en el espejo de enfrente.

—Es que nunca doblé los pantalones de nadie —gemí—. Pero eso debería ser cualquier cosa menos un motivo para el agravio.

Ya iba a poner en juego el recurso casi olvidado de llorar, cuando él, atajándose las lágrimas con la mano, trató de arreglar la cosa.

—Mira —me explicó— un desgraciado pantalón se maneja así, tomándolo por los bajos y haciendo coincidir las rayas de las piernas. Luego ya podrá doblarse en dos, o en cuantas partes se quiera.

Cielos, qué descubrimiento. Pero yo seguía con el moco en la nariz, ese moco que viene de la ofensa, por detrás de la línea de los resfrios comunes. El incidente acabó saliendo a caminar de la mano por los pasillos, cenar fuera del camarote, mirando la noche estrellada que corría a la inversa del tiempo. (Confieso aquella sensación de ir en sentido contrario de algo que se nos llevaba pedazos entre los dientes, pero cuyo dolor no era lo que debía ser de acuerdo con la importancia del despojo).

—¿Prefieres fumar aquí o comer de nuestras manzanas en el compartimiento? —me dijo él de pronto con una voz madura que se le iba asordinando en forma progresiva.

Los dejamos a todos boquiabiertos, agarrados al nombre real de las cosas con la cohesión de un banco de ostras.

Hasta que un día ocurrió, sencillamente como voy a contarlo y tal le habrá sucedido a tantos. Nadie anota el momento, claro. Luego todo cae de golpe y los escombros se enseñorean del último rastro.

—Es que voy a decírtelo de una vez por todas —declaró él cierta noche cualquiera, al regreso de una comentada exhibición de cine— a mí sólo me entusiasman las documentales, esas en que la gente y las cosas de verdad me mandan sus mensajes directos. Y las novelas de aventuras, porque en tal caso soy yo quien lo vive todo.

Bostezó, tiró los zapatos lejos, apagó la luz y quedó aletragado.

Pero la verdad que sigue es que uno no va a asistir despierto al sueño de nadie, por más a oscuras que lo dejen. Era cuestión, pues, de aprovecharse de la lumbre que resta encendida adentro para empezar a revisar las pequeñas diferencias, hacer el inventario con tiempo, por si apuraban el balance. Los hombres sucios del asiento de

enfrente —recordé— que él elige para conversar porque, según sus paradojas, conservan las manos limpias. Aquello que opinó sobre mi asco a las moscas, o a los estornudos de la gente en las panaderías. Siempre eran pequeñas cosas entrando en el juego inicial, como saltamontes por la ventana abierta. Pero que al fin desembocaban en planteamientos por colisión, en guerra de principios. Fidelidad eterna de las moscas versus mi repugnancia, humanidad que se comunica al pan contra los microbios del estornudo. Y todos los etcéteras que puede conjugar un etcétera solitario no bien se le deje libre. Dices se acabó la guerra como si pasaras en limpio una carta de adiós escrita por otro con las entrañas, me había reprochado una vez con tanta carga de razones que hubiera valido para no volver a repetir jamás aquellas cuatro palabras. Sí, pero lo de dormirar sobre mi hombro con un leve ronquido y cierto hilillo de baba desentendida, mientras una película con varios premios había congregado al pasaje, eso era algo definitivo.

Cuando el tipo sin rostro vino al día siguiente por la renovación del billete, yo le hablé sin mirarle:

—Espere que éste despierte. Después veremos quién



Armonia Somers.

sigue en el tren o quién se baja. No será cuestión de continuar aquí toda la vida.

Al pronunciar aquella última palabra sentí algo sospechoso en el plexo solar, pero la seguí repitiendo sordamente —vida, vida— en cierto plan de sospechas sobre la especie de trampa en que pudiere haber caído. Y eso ya sin control, pues el estrafalario reloj me había embrollado las cuentas.

Comenzó así otro día sin marca conocida, con afeitada matinal y cepillo de dientes. Entonces yo quise anunciar mi decisión quitándome el anillo en forma provocativa. Pero no me salía del dedo. El dejó de rasurarse y empezó a reír, a reír como el niño de los globos cuando los vio elevarse de nuevo en la lejana estación inicial donde nos habíamos conocido.

—Es que has engordado —dijo al fin—. Eso que no le pasa a mis moscas, por ejemplo, que viven en el aire prestado y andan siempre en un eterno alerta, hasta para sus festines más inocentes.

—Tienes un filo verbal mejor que el de esa navaja —mascullé apretando las mandíbulas—. Pero llega un momento en que puede uno estallar, querer largarse a pensar de por sí, a discutir con su cerebro propio, que alguna vez habrá funcionado.

—Dramas —agregó él retornando a su menester— nadie vería tanto pecado en que hasta las más caras neurosis gusten del exquisito café con crema.

—A ver —continué aún, cuerpeando las estocadas— a ver ese reloj infernal. ¿Cuánto tiempo hará que viajamos en este maldito tren, que debe ir por lo menos a Marte, a la Luna, según tus novelas de cabecera?

El limpió la navaja, la guardó en el estuche con una paciencia sin límites. Luego consultó el reloj, me miró en los ojos hasta calarme y volvió con la antigua fórmula:

—Cinco años... El tiempo justo para lo que está ocurriendo. Qué matemática formidable en todas las cosas...

Me irritó esa vez su petulancia respecto a los plazos. Tenía ganas de deshacerlo con algo contundente, un juicio ilevantable que nos dejase mano a mano como en un empate a golpes bajos.

—Mira —le espeté sordamente— no creas que no lo he visto, que me es ajeno. Nuestras manzanas, aquellas que parecían ser sólo para nosotros dos cuando lamías el jugo de mis comisuras, yo te he sorprendido dándolas a mis espaldas tras algunas puertas mal cerradas del convoy.

Y hasta te he escuchado comentar después en sueños el escape, decir nombres que no eran el mío. Y muchas cosas más que no quiero traer a cuento para que el mundo no comience a husmear en nuestras miserias. De modo que yo arreglo mi valija y me voy a otro vagón. Eso es lo ímpio, creo, ese es el juego honesto.

El me dejó hacer. ¿Oyen o no?, eh, ustedes, los desparrramados por la hierba. Pero ocurrió que al llegar la noche el ruido del ferrocarril, principalmente ese de la suprema soledad con que salta los puentes, me impidió dormir. Además, empecé a sentir sed y no encontraba el vaso de agua, a tener frío y no dar ni con las mantas ni con la llave de la luz. Porque todo había cambiado de disposición a mi alrededor, como en la primera noche en tierra extraña de un inmigrante. Cuando lo sentí golpear suavemente en la puerta me incorporé dando gracias al cielo, que pasaba como un cepillo negro tras el vidrio. Y que después dejó de existir. Aunque quizás habrá seguido insistiendo para otros que tendrían sólo eso, el cielo.

—¿Has visto? —me dijo él finalmente, ayudando a reemprender la mudanza—. Así uno despíllar se un poco tras alguna puerta a medio cerrar, las cosas se hallan tan bien dispuestas como para que las frutas del morral alcancen para todo.

Yo aprendí a burlarme de mí misma. Además, durante esos tiempos de locura inventamos el juego de tirar objetos por la ventana. Habíamos espiado a la gente sobrecargada de cosas. Tenían que dormir arrollando las piernas. Y otros hasta dejaron de abrazarse por falta de sitio. Esa nueva concepción del espacio terminó por reacomodar el caos. Y yo supongo ahora que un día cualquiera él olvidó también dar cuerda al relojito, a causa de mis aprensiones. Si vive, su tiempo está en nosotros —me había dicho cierta vez en que insinué la idea, calcular cuántos años de hombre tendría ya el chiquillo a través de cuyos globos nos habíamos conocido. Luego del frío que me recorrió la espalda, nunca más se habló del asunto.

Hasta que llegó esta noche. Qué extraño, nunca había dado en pensarlo. La gran familia de desconocidos entre sí, los que se descerrajan en el mismo minuto, sea cualquiera el origen del acontecimiento. Yo tenía los pies helados. Me pareció, además, que el tren había empezado a marchar a menor velocidad. Aunque nada de eso pude expresar, porque cada uno sentiría sólo lo suyo. El me puso una manta sobre las piernas, me tomó la mano, me besó dedo por dedo como la primera vez y quedó dormido.

Entonces fue cuando sucedió. El hombre sin cara se plantó en el asiento de enfrente, en medio de la oscuridad absoluta a que nos obligaban a esa hora. Percibí, sin embargo, que le iban surgiendo al fin los rasgos desconocidos, o que yo nunca había tenido tiempo de descubrirle. Algunos fogonazos de la máquina me permitían verlo en forma intermitente, como a una casa de campo bajo los relámpagos.

—Usted, —le dije, dando diente contra diente— tanto tiempo alcanzándome cosas. Gracias por todo. ¿Pero qué quiere?

El individuo me miró con una lástima y una crueldad tan entreveradas como una mezcla de dos licores diferentes para que no se reconozca ninguno. Parecía tener algo inmenso que decirme. Pero sin oportunidad ya, al igual de alguien que recuerda el nombre olvidado de una calle justo cuando ve, al pasar, que han demolido cierta casa.

Mantuve todo lo posible ese pensamiento en el cerebro, tratando de que su embarazo poemático y triste me separara del hombre. (El que vivía en la casa habrá llamado alguna vez al otro vaya a saberse con qué secreta urgencia. Su amigo no acudió por tener olvidados la calle, el número). El hombre, entre tanto, no había soltado palabra, tironeando quizás de los detalles de un quehacer que parecía inminente. (Entonces —pensé aún— un día, de súbito, lo recuerda todo, número, nombre. Pero sólo cuando pasa por allí y ve que han quitado la casa).

—Bueno —dijo él al fin, tal si hubiera asistido al desenlace de la anécdota— nos acercamos al desvío. Y creo que es a usted, no a él aún a quien debo empujar por esa puerta. Trate de no despertarlo, sería un gesto estúpido, una escena vulgar, indigna de su parte.

—Pero es que yo no puedo cancelar esto sin aviso, y así, en la noche. Usted ha visto bien lo nuestro, lo conocí desde un principio...

No me dejó ni agonizar. Percibí claramente el ruido de cerrojo de la aguja al hacerse el desvío, transmitido de los rieles a mi corazón como un latido distinto. Y luego mi caída violenta sobre la maleza, al empuje del hombre sin cara.

—¿Eh, dónde está la estación, donde venden los pasajes de regreso! ¡El número, sí, aquí está por fin en mi memoria, el número de aquella casa demolida!

Entonces fue cuando lo oí, a la grupa del convoy que se alejaba sin nosotros:

—¿Qué estación, qué regreso, qué casa...?

(“CHEMIN DE FER”)

(Mención en el Concurso de Cuentos

“Cuadernos - EL DIA”)



Entrada principal de la casa de Enrique Larreta, en el barrio Belgrano de Buenos Aires.

ENRIQUE LARRETA Y EL MUSEO DE ARTE ESPAÑOL

HACE exactamente veinte años intenté conversar con Enrique Larreta y, sin previa audiencia, golpee a una de las puertas de su casona de Belgrano. Su secretario me hizo pasar a una habitación colmada de libros. El escritor estaba ausente, en el Azul. Y yo, con las recomendaciones de aquél y la seguridad de ser recibido por Larreta a su regreso a Buenos Aires, volví contento. No recuerdo ahora exactamente qué me hizo postergar mi nuevo intento y, más tarde, quizá perdí interés o me dispersé en otras inquietudes. Sin embargo, en el fondo, mantenía el deseo de conocerlo personalmente. La distancia interpuesta después, ausente yo de Buenos Aires, hizo más problemático este cumplimiento y, al fin, cuando el interés volvió a avivarse en mí, Larreta enfermó o acumuló achaques que impedían mis renovados deseos.

No obstante, a través de muchos años hubo cierta relación epistolar. Le enviaba yo mis libros y él siempre me contestaba con el obsequio de los suyos dedicándolos con esa letra suya erguida y grande, casi esculpida a ramalazos. La naranja me lo dedicó dos veces. Quiero decir que nunca dejó de corresponder generosa y caballerescamente. Y cuando publiqué en estas mismas páginas mi nota titulada *Enrique Larreta. Algo sobre la crítica literaria* (1), y le envié un ejemplar, tuve una nueva alegría. Larreta se encontraba entonces en su estancia *El Azelain*; era ya viejo. Pero no quiso dejar de agradecer mi nota, y días después alguien llamó a mi casa y dejó un paquete; en él había un ejemplar de la edición príncipe de su *Santa María del Buen Aire*, efusivamente dedicado: drama en tres actos estrenado en el Teatro Español de Madrid el 6 de diciembre de 1935 y editado en 1936.

He vuelto a la casona del ilustre autor, convertida hoy en el llamado Museo Municipal de arte español "Enrique Larreta", calle Obligado 2139. ¿Por qué museo de arte español? Veamos la casona, cuyas dependencias y jardines tanto me hacen recordar a Sevilla. Henos ahora en la habitación central; es una gran sala que puede mirarse desde arriba por cualquiera de las doce ventanas de otras habitaciones altas. Tres ventanas por cada lado dejan ver macetas y negras verjas sevillanas. Las grandes ventanas de abajo soportan gruesas colgaduras y cortinones de seda antiguos. Sus vidrios están engarzados en venas de plomo. Avanzando podemos entrar en un patiecillo interior, con fuente; un metro y pico de mayólicas (contando desde el suelo) cubre las paredes, a una de las cuales hay adosado un banco de esmaltadas losas. También podemos pasar a otras varias salas, que se conocen por el color de sus tapices. La sala azul, por ejemplo, fue de recepción. Por estos rincones, es decir, por la sala azul o por el gran hall central que dan al frente de la calle Obligado, pasaba sus horas Larreta en los últimos años. No le gustaba "la parte de atrás", por donde se llega a los jardines.

Como decoración destaca en la sala azul el conocido retrato del escritor (guantes y bastón) pintado por Ignacio de Zuloaga en 1912, en París. También una mesa de nogal

del siglo XVI sobre la cual reposa un velón flamenco del siglo XV, etcétera. Señalaré, entre tanta cosa de valor artístico, un bargueño andaluz de fines del siglo XVII, con pie de taquillón del siglo XVI e incrustaciones de marfil; un *Descendimiento* hispano-flamenco de los siglos XV-XVI, que es una talla policromada-estofada; un relicario salomónico estilo plateresco de principios del siglo XVI (rica madera tallada policromada que luce anaqueles tapizados con seda); un cuadro grande ovalado de Juan Bautista Tiepolo; un mesita árabe octogonal con incrustaciones de nácar; y, en fin, para evitar la aridez, nombro sólo unos ricos misales, una arqueta española tallada (arte castellano del siglo XVI), terracotas, botes de cerámica de Manises... en varias vitrinas.

Sin embargo, en casa de un escritor como Larreta, hay que acercarse al oro en paño del papelerío: manuscritos de Leopoldo Lugones, Gregorio Marañón, Miguel de Unamuno, Azorín, Maurice Barrès, Paul Morand, Ortega y Gasset, Paul Groussac, Blasco Ibáñez, Ayala, Gómez de la Serna y, entre otros, uno de Rudyard Kipling, con ancho membrete italiano del *Hotel Cattani* (?). Y como Larreta fue un viajero infatigable, hay que destacar sus varios mapas

antiguos, entre los que elegiríamos, si pudiésemos llevárnoslo, el del "*Mare Ligusticum. Reipublicae Genuensis. Ducatus et domini*". He anotado, para completar este capítulo, los títulos de las famosas "guías del viajero" de Baedeker que guardaba: de Italia, de Bélgica, de Suecia, de Egipto; y otras de la Provence, y la llamada *Guía de Granada*, de Seco.

Pero el catálogo se impone, a mi pesar. Pues no es posible hablar de la casona de Larreta sin mencionar su Capilla, donde el autor de la inigualable *Gloria de Don Ramiro* fuera velado, según su deseo (2). La puerta de entrada al oratorio se compone de dos hojas de madera tallada y policromada. Cada hoja tiene tres escenas de la vida de San Juan Bautista, del siglo XVI. La pared principal o pared cabecera, frente a las citadas puertas, muestra un gran Retablo en honor de Santa Ana, procedente de la Iglesia de San Nicolás Sinobas, de Aranda del Duero.



Parte posterior de la casa y salida al jardín.

fechado en 1506. Según una fotografía exhibida y explicadora, el Retablo fue adquirido en París, en 1912, al anticuario Demotte. Lucen también un Díptico con dos iconos profetas bizantinos de San Basilio y San Dionisio (del rito ortodoxo ruso), en madera tallada y dorada. Cuando velaron a nuestro ilustre escritor, "los salmos del oficio divino, con la partitura respectiva, formaban parte de las valiosas obras de arte que el espíritu de don Enrique Larreta había atesorado allí. Un *Jesús maniatado*, de Zurbarán, parecía llorar la muerte de quien paseó sus ojos de artista exigente por las profundidades del significativo cuadro".

Pero pasemos a los jardines. Son amplios, generosos, y hacen recordar los idílicos del Generalife de Sevilla. El aroma de los azahares sobrecarga en primavera el aire. Hay palmeras, pinos, magnolias, naranjos, glorietas cubiertas de hiedra y glicinas. Imagine el lector la primavera aquí. O el dulce otoño.

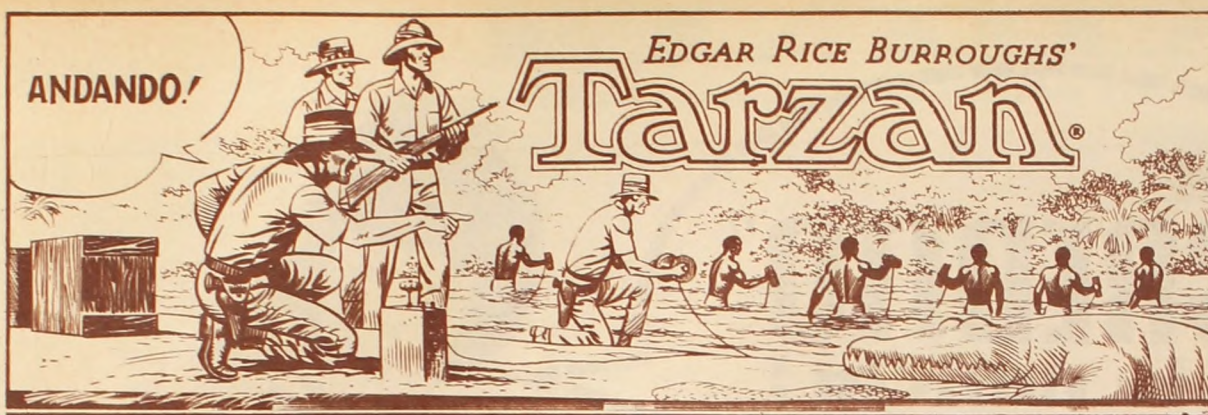
Julio IMBERT

(Especial para EL DIA)

(1) El 20 de marzo de 1960.
(2) Murió el 6 de julio de 1961, "enmudeciendo una vez de la patria".



Un rincón del jardín, con fuente y asientos de mayólica. (Fotos de Heriberto José Musmáño).



28

PROPIETARIO - ADMINISTRADOR
WALFRIDO FIGUEROA MORAN
DIAO, AGRACIADA 1708
1ER. PISO ED. CARIOCA
TEL. 81514
MONTEVIDEO

radio Imparcial

AGRACIADA 1708 esq. LA PAZ
PISO 1 EDIFICIO CARIOCA
Teléfono: 8 15 14

CUANDO DESÉE ESCUCHAR MÚSICA RECUERDE QUE
CX 28 RADIO IMPARCIAL de Montevideo
PRIMERA DIFUSORA DEL MUNDO EN TRASMISION CONTINUADA
IRRADIA 13.000 DISCOS por mes.

"DÉ
CREDITO
a la noticia!
ahora en

CREDITOS

Soler tiene

Soler

conviene!

SOLER LE DA CREDITO EN 10 Y 20
MESES DE PLAZO A SU ELECCION PA-
RA PAGAR FACILMENTE SUS COMPRAS!

CASA MATRIZ: Av. Agraciada 2302 y M. Sosa - Tel. 20 09 61
SUC. CENTRO: Av. 18 de Julio 958 casi Rio Branco - Tel. 9 40 59
SUC. CORDON: Av. 18 de Julio 1601 - Tel. 40 41 11
SUC. UNION: Av. 8 de Octubre 3790 al 94 - Tel. 5 40 35

